

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.

TRES MESES. 24

SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

# LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.

TRES MESES. 20

SEIS MESES. . 40

30 por 100 de indemnizacion en obras,  
ó una rebaja de 10 y 15  
por 100 en efectivo.

## SUMARIO.

Historia de la semana.—La Estrella del Sud, novela original, por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuacion).—Alcalde de Henares y su feria.—Sobre el coquetismo.—Caros.—Notabilidades francesas é inglesas del siglo XVI.—Las plazas de Egipto en Madrid (costumbres).—Convenio de Vergara (continuacion).—Hojas de flores marchitas (poesia).—Apuntes de actores; solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Este número lleva diez grabados.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior.—FRANCIA.** El presidente de la vecina república ha continuado su viaje y recorrido varios departamentos, visitando principalmente, desde nuestra anterior revista, á Lion, Besanzon, Strasburgo, ciudad para él de muchos recuerdos, y Metz, teniendo en todas partes un recibimiento análogo á la diversidad de intereses y de opiniones que mas predominan en cada una de las diferentes poblaciones que ha visitado. El gran duque de Baden ha enviado á Strasburgo, donde se le presentaron á poco de llegar, tres comisionados encargados de cumplimentarle, y tambien habia llegado la gran duquesa de Baden, Sofia de Beauharnais, tia de Luis Napoleon, á quien deseaba ver y permanecer unos dias en su compañía.

Los periódicos de Paris continúan insertando mirisiosas relaciones de lo ocurrido en las poblaciones por donde ha pasado el presidente, ó ha hecho alguna parada, pintando los acontecimientos con la variedad que trae consigo los diferentes aspectos bajo que cada cual los considera. Por consecuencia de tan diferentes versiones, los fondos públicos han permanecido estacionados en la bolsa de Paris, donde con tanta facilidad se reflejan todos los sucesos y todas las noticias, desasosegándose generalmente el regreso del presidente á aquella capital para que desaparezcan las esperanzas de los unos y los temores de los otros.

Del viaje del conde de Chambord á Wisbaden solo se ocupan los periódicos legitimistas, pero se cree generalmente que de resultados de sus conferencias con las personas que han ido á visitarle, la fraccion que representa sus principios en la Asamblea modificará su linea de conducta, lo cual podrá ocasionar algunas nuevas contingencias en la marcha de los sucesos de la vecina república.

A las once y cuarto de la mañana del 22 del pasado agosto, llegó á Ostende S. M. la reina de Inglaterra, á bordo del yate Victoria and Albert, acompañada de su esposo, de sus hijos y de numerosa comitiva. S. M. desembarcó inmediatamente en presencia de un gran concurso de gentes y pasó al palacio real, donde permaneció hasta la hora de comer, que volvió á bordo, y con ella el rey de los belgas y varios personajes á quienes habia convidado. El dia anterior habian salido de Ostende para Ramsgate el príncipe de Joinville y su hermana la princesa de Sajonia Coburgo. La reina Victoria debia regresar el sábado á Osborne.

El arzobispo Fransoni continúa encerrado en el castro de S. Estrella, sin que hasta ahora haya ocurrido cosa alguna que referir á nuestros lectores, sobre un asunto tan interesante para la tranquilidad de las provincias y para la paz material de Cerdeña. No obstante, segun los periódicos de Turin, aquel gobierno ha conferido á Pinelli, antiguo ministro y presidente de la cámara de los Diputados, una mision extraordinaria cerca de la Santa Sede, en la cual le acompaña el doctor Tonello, catedrático de teología de aquella universidad. Supónese que tenga por objeto arreglar las diferencias que existen con Roma, y en verdad que desgraciadamente el aspecto que van tomando las cosas en Turin, no da muchas esperanzas acerca del resultado de esta mision. El 14 se tuvo noticia en Roma de lo acaecido con el arzobispo Fransoni y con los padres servitas, y parece que despues

de consultar Su Santidad con el cardenal Antonelli, convino en que el siguiente dia, festividad de la Asuncion, imploraria el auxilio de la divina gracia, y que el 16 resolveria lo que debia hacerse en tan difíciles circunstancias.

El rey ha estado enfermo de erisipela en la cara, habiéndole sangrado dos veces, y la reina, que se habia quedado en Cortemayor, llegó el 18 por la noche al palacio de Moncalieri.

Segun un parte telegráfico, fecha en Rendsburgo, se crea el 20 que el ejército de los ducados habia hecho algun movimiento el dia anterior, sin que se supiera el objeto ni hácia qué punto determinadamente; añadiéndose que las obras de fortificacion estaban terminadas. Lo único, sin embargo, que hay de cierto es que el general Willisen se proponia pasar revista á su ejército el dia 19, y que habia mandado preparar veinte camas mas para enfermos y heridos. Dánse, sin embargo, algunos pasos para arreglar este asunto pacíficamente, por las potencias que suscribieron el protocolo de Londres.

Las noticias de Alemania siguen siendo contradictorias, pudiendo tan solo asegurarse que aun no han logrado ponerse de acuerdo el Austria y la Prusia sobre la reconstitucion de la Dieta germánica, ni de una manera definitiva sobre ninguna de las demas cuestiones pendientes.

En Francfort se han reunido este año los amigos de la paz que el anterior se reunieron en Paris, y han celebrado su primera sesion el 22 del mes pasado, en que empezaron á discutir varios puntos, adoptando dos redactados en esta forma.

1.º El congreso de los amigos de la paz reconoce que la solucion de las cuestiones internacionales por medio de las armas es contraria á los preceptos de la religion, de la filosofia, de la moral y del objeto de la sociedad, estando todos, por lo tanto, obligados á que la guerra quede abolida.

2.º El congreso piensa que el mejor medio de conservar la paz seria someter á un arbitraje todas las diferencias de gobierno á gobierno, siempre que estos no hubiesen podido arreglarlas entre sí por medios pacíficos.

Quedaron pendientes para otras sesiones los tres puntos que van á continuacion, y que fueron sometidos á su exámen al mismo tiempo que los dos aprobados.

3.º El sostenimiento de los ejércitos permanentes es una carga intolerable para las naciones, y en su consecuencia el congreso llama la atencion de los gobiernos sobre la necesidad de un desarme general.

4.º El congreso declara que todos los empréstitos públicos hechos en el extranjero, y que dan á los pueblos medios de hacer la guerra deben ser abandonados.

5.º El congreso se pronuncia formalmente en favor del principio de la no intervencion, y declara que cada estado tiene derecho esclusivo para arreglar sus propios negocios.

La reunion ha sido menos numerosa que en el año anterior, habiendo faltado los cuákeros y las cuákeras cuyos trages originales tanto llamaron la atencion.

Se ha recibido en esta corte por parte telegráfico la noticia de la muerte de Luis Felipe, último rey de los franceses, acaecida en Claremont el 26 del pasado, á las ocho de la mañana. Tenia 77 años próximamente.

**Interior.** Cuando este número llegue á poder de nuestros suscritores se habrá ya decidido en toda la monarquía la contienda electoral: por hoy no es posible hablarles de otra cosa pues que ni ha ocurrido nada notable desde nuestra última revista, ni nadie se ha ocupado en la semana pasada mas que de las elecciones. Por lo demas se disfruta en todas las provincias de la tranquilidad mas completa.



## LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

(Continuacion.)

CAPITULO V.

Abyssus abyssum invocat.

Al oír su oferta, Emirene sorprendida miró á su tia, como consultándola si debia ó no aceptar, y á una seña afirmativa de esta, respondióle con cariñosa expresion:

—Acepto con mucho gusto el presente de vd., amigo mio, y me agrada tanto, que si antes le hubiese imaginado en mi mente, dificulto que hubiera concebido una cosa mas acabada.

—¡Oh! puede vd. decir sin jactancia que su caballo es el mejor de todo el vireinato: y solo así he podido atreverme á ofrecérselo. Era preciso que el palafren fuese digno de la hermosa castellana que ha de montarle. Siempre para las reinas se busca lo mejor, porque....

Sonrióse Emirene y le tendió la mano.

Al sentir el roce de aquella mano sedosa y delicada; que apretaba suavemente la suya, áspera y huesosa, don Juan se estremeció, perdió la serenidad y el aire cortesano con que no ha mucho la requetaba, refluyó al corazón la sangre con violencia, ardientes ráfagas de voluptuoso ardor animaron su pálido semblante, y permaneció pensativo y confuso algunos minutos, sin acertar á concluir la frase empezada (1).

Aceptado por Emirene con anuencia de su tia el dichoso caballito que nos ha traído hasta este terreno, (el del fluido eléctrico) salia á paseo todas las tardes con su padre y don Juan. Inútil parece advertir cuan hermosa estaria vestida de amazona, cabalgando en un potro fogoso, que volaba en pos de su sombra.

Las americanas del Sud montan perfectamente; son por lo regular muy arrojadas y temerarias hasta la imprudencia; cuando la autoridad de un padre, de un hermano ó marido no las contiene, se lanzan á todo el ímpetu de la carrera, se desafian unas á otras á quien corre mas, galopan por terrenos desiguales, suben y bajan las cuevas lo mismo; en fin, tienen mas arrojo y audacia que los hombres, y no escarmentan á pesar que *compreñ terreno* frecuentemente.

Tupac-Amaru no podia sufrir que le castigasen, como todo parejero (2), en cuanto sentia el látigo para-ba las orejas, arrojaba centellas por los ojos,

Tascaba el freno, sacudia la crin,  
Y flexible arqueando el cuello airoso,  
Hinchaba y comprimía la nariz;

y veloz como una exhalacion partia á todo escape. Entonces era peligroso contenerlo de golpe ni correr tras él: porque se figuraba que el caballo que venia detras pretendia alcanzarle, y redoblaba su ardor. Emirene lo sabia, y sin embargo, dos veces, no bien cruzó el puente y pasó el arrabal de San Lázaro, cuando mas descuidados iban su padre y don Juan, castigó al indómito animal: tal vez para esperimentarle, tal vez por contrariar al hidalgo, que no se cansaba de advertirle lo llevase sobre la rienda, ó acaso por excitar mas su interés mostrándose tan arrojado como hermosa.

La primera vez su padre, creyendo que el caballo corria desbocado, sin reflexionar lanzóse tras ella; pero don Juan, mas pálido que un cadáver, le gritó que se detuviese. Entonces acordóse Flores que Tupac-Amaru era parejero, y viéndola ya á una gran distancia, firme en la silla y en buena direccion, se tranquilizó un tanto, y siguió al trote con su amigo por la margen del rio.

Conteniendo poco á poco al fogoso animal, Emirene galopó cerca de mil varas, y cuando le pareció oportuno le dió vuelta, y se dirigió sonriéndose al encastro de sus compañeros.

Su padre la reconvinó agriamente por aquella gracia: la travesía niña respondió que habia castigado al caballo distraído, añadiendo que sentia en el alma el sobresalto y disgusto que involuntariamente le habia causado.

—Pues no traerás mas el látigo, repuso el anciano,

(1) Fluido eléctrico que se desenvuelve en el tacto (13).

(2) Caballo de carrera.

con dulzura, ya enternecido al oír sus excusas; ese minutario no lo necesitaba.

Don Juan no dijo una palabra; pero Emirene no pudo menos de notar en sus descompuestas facciones, y en la mirada de ira que arrojó sobre el inocente Tupac-Amaru, lo que había sufrido por la sorpresa y el temor de que la sucediese un fracaso.

La segunda vez, estando ya en los suburbios de la ciudad, encontróse Flores con una persona, á quien tenia precision de hablar, y como era cosa urgente y breve, aprovechó la ocasion, y suplicó á don Juan que siguiese con Emirene, que él los alcanzaria al momento.

No bien se vió esta libre de sus miradas, dijo á su compañero:

—¿Quiere vd. que demos un galopito?

—Con mil amores, contestó su rendido adorador, pero es el caso que vuestro tata tardará mas en alcanzarnos, y....

—¡Vaya! no sea vd. malo; iremos cerca.... hasta aquel árbol.... y volveremos en seguida.

El árbol distaba media legua.

—No: hasta allí es demasiado, galoparemos la mitad; pero cuidado, llevad el caballo sobre la rienda.

Esta última insinuacion produjo en su amable compañera un efecto totalmente contrario al que esperaba don Juan; pues á falta de látigo, se inclinó sobre el cuello y le palmoteó dos veces. Tupac-Amaru alzó la cabeza, dió un bufido, y partió como un relámpago.

Serrelar detuvo al punto su caballo, y la siguió con la vista, aunque seguro de que no la derribaria, llenos de aprensiones y recelosa inquietud.

Era un cuadro sublime: los últimos rayos del sol doraban la cima de las montañas, y prestaban un colorido melancólico á las copas de los árboles, dulcemente agitadas por la brisa de la tarde. Tupac-Amaru, negro como la noche y rápido como la esperanza, devorando el espacio con Emirene, parecia el espíritu del aire, llevando en sus hombros á una maga. Las largas crines del corcel imitaban la cabellera de un gigante; y la ondulante falda de la bella fugitiva su desgarrado manto. Diria cualquiera que la aérea cintura de esta se arqueaba á veces, como oprimida por la robusta mano de su raptor, y que el aura desahacia los rizos mil de su frente, como si ella se resistiese y pugnas por librarse de sus caricias.

Mirábala embebido don Juan perderse en lontananza, olvidando casi sus temores por la simpatia que le inspiraba aquel arrojito, y la destreza con que dirigia á su vigoroso é indómito bridon. La temeraria jóven habia berido una nueva cuerda de su pecho, y se asombraba de encontrar tanta audacia y presencia de espíritu, hermanadas con tanta hermosura y delicadeza.

El precipitado galope de un caballo le sacó de su meditacion.

Era su amigo.

Grande fué la sorpresa de Enrique al divisar á lo lejos á su hija, que se habia detenido en una pequeña eminencia, y les hacia señas con el pañuelo para que se acercasen.

—Si te vuelve á suceder esto otra vez, dijolesu padre cuando se reunieron, te juro ¡por Cristo crucificado! que no montas mas á caballo.

—Pero tata.... contestó Emirene, arrojando una mirada suplicativa á don Juan para que la defendiese.

—No hay tata que valga; repuso don Enrique interrumpiéndola, eres una loca. No tienes un adarme de juicio; te espones á que ese caballo te mate; solo por tener el gusto de que admiren tu temeridad. ¡Linda graciac!

El castellano intercedió, y para aplacar el justo enojo de su amigo, le aseguró, hajo su palabra de honor, que habia sido una casualidad, y que él solo tenia la culpa; pues habiéndose empacado su alazan, empezó á castigarle, y estando cerca el de Emirene, se espantó y echó á correr sin que pudiese contenerlo.

—De todos modos, respondió el anciano poco satisfecho de semejante explicacion, y echando una severa mirada á su hija: mas quiero pasar por intolerante y caprichoso que tener que llorar. Repito que si por fas ó por nefas te vuelve á suceder lo de hoy y lo del otro dia, no montas mas á caballo, al menos mientras yo viva.... ¿Lo entiendes?

—Yo haré siempre lo que vd. quiera; dijo ella con voz temblorosa, arrepentida de haberle dado motivo para que se incomodase.

—Siempre dices lo mismo y no haces lo que te encargo, añadió su padre; abusas de mi cariño; á fé que no te portas lo mismo con tu tia, y ella no te quiere mas que yo ciertamente.

Emirene apeló á su recurso favorito, las lágrimas, pues como dijo el inmortal Calderon:

«Las lágrimas de muger  
No son penas, sino alhajas,  
Que para servirse de ellas  
Las tiene como en el arca,  
Abre y llora, cierra y rie (1).»

Y el enojo del autor de sus dias se desvaneció, cual ligera nube de verano que un rayo del sol disipa.

La amenaza surtió su efecto, no obstante, y no vol-

vió ella á hostigar á Tupac-Amaru, que era dócil y no se acordaba de su ligereza mientras no le provocaban.

## CAPITULO VI.

### ¡Cuando uno menos piensa!...

Asi se pasaron tres meses, al cabo de los cuales don Juan pensó en poner término á la inquietud, al malestar y desconocidos deseos que se despertaban en su alma. Enflaqueció visiblemente, perdió el sueño y las ganas de comer (síntomas siempre fatales!), volvióse triste y meditabundo: en nada encontraba placer, y queriendo huir de la que le habia hechizado, su imagen le perseguia á todas partes.... hasta que por fin se le ocurrió la idea de casarse, porque *¡cuando uno menos piensa!...*

Retrocedia, empero, ante ciertas dificultades, que tomaban proporciones colosales cuando consultaba su clara razon y los impulsos de un alma hidalga y despreocupada. El contaba 45 años, y Emirene apenas 16: él sin ser feo, no tenia nada de hermoso; ella era una diosa. El era calmoso, complaciente y moderado; ella viva, caprichosa é irreflexiva. El no tomaba en sus manos mas libros que el de caja ó sus colaterales; ella en todos sus ratos desocupados se ponía á leer novelas, cuyo menor inconveniente es hacernos forjar un mundo que no existe, y volvernos mas triste la realidad cuando llegamos á tocarla: en fin, él era millonario y ella no tenia un ochavo. Pesando, pues, don Juan en la balanza de la razon todos estos inconvenientes con su amor, temia que Emirene, casándose con él por interés, le entregaria su mano, pero no su corazón: echaria muy pronto de ver que le llevaba 30 años, y tal vez antes que pasase la luna de miel, la diversidad de edades, genios é inclinaciones, engendraria el disgusto, y tras este todas las funestas consecuencias inevitables de la coyunda matrimonial, cuando por desgracia se aflojan los vinculos de amor, aprecio y conveniencia, que deben unir á dos buenos esposos.

Su afecto, á pesar de todo, se aumentaba cada dia, y llegó un instante en que la fiebre del amor, arrollando cuantos obstáculos intentaban detenerla, se apoderó de su cabeza como se habia apoderado de su corazón. Adios reflexiones, adios propósitos y resoluciones de veneerse, y antes de uncírsela al cuello, contar uno á uno los eslabones de esa cadena que empieza al pie del ara y acaba en la tumba, y que si á veces es de flores, otras, las mas frecuentes, es de un metal mas pesado que el oro, mas frio que el acero, y mas negro que el hierro. Don Juan ébrió de ilusiones, frenético de amor, que era esta la primera y única pasion que sintiera en su vida, cayó inerte á los pies de su ídolo, y le suplicó que aceptase por piedad, con su mano, su vida, su nombre y su fortuna.

—Vos me habeis reconciliado con el matrimonio, añadió animado por el silencio de su amada, que, volviendo la cabeza para ocultar su turbacion, le tendia una mano para que se levantase: —habia resuelto no casarme. He despreciado muchos y buenos partidos, no por orgullo ni egoismo, sino porque temia comprometer la dicha que gozaba soltero. Temia poner mi corazón en manos de una muger que no lo mereciese; y sin embargo, me entregó á vos aun sin saber si me apreciáis.... pero os amo, os idolatro tanto, que espongo toda la ventura y paz de mi vida, y con gusto daria esta tambien por una hora de felicidad á vuestro lado.

Si no soy jóven, tampoco soy viejo; si no hermoso, tampoco horrible; disfruto buena salud, y no estoy gastado por los vicios. ¡Os amaré con mas delirio y pasion que el jóven mas ardoroso: solo pensaré en hacerlos feliz por cuantos medios estén á mi alcance: no me opondré nunca á vuestros gustos y deseos, siendo razonables: no os privaré de ninguna diversion, ni que os trateis con quien os agrade: dispondreis á vuestro capricho de mis riquezas: todos en esta casa, empezando por mí, serán vuestros esclavos, y me moriré primero de celos, que agraviaros y lastimaros con una sospecha injusta.... Decidme, ¿aceptáis?...

Emirene, inclinando los ojos, con una expresion de candidez y rubor que la hacian mas interesante, contestó que lo consultaria con su papá y su tia; y que si ellos eran gustosos.... por su parte.... no tendria inconveniente ninguno....

Y era verdad, no menta: ella no habia amado aun: ella, sin profesar á don Juan un amor ardiente, le apreciaba y queria bastante para considerarse feliz á su lado: porque era imposible conocer á fondo al honrado castellano, sin simpatizar con él, y no apreciar sus brillantes cualidades. Cualidades hijas del corazón, naturales, no adquiridas, y que revelaban un alma mas bella aun, como en una pradera inculta, el perfume de algunas flores silvestres indica la exuberante fertilidad de la tierra que, sin cultivo ni cuidados, produce tan fragantes aromas.

Don Juan, loco de contento, pasó á ver al padre de su amada, segun práctica corriente, y que bien pudiera suprimirse en obsequio de la brevedad, así como otros usos y fórmulas ya muy antiguas, que tambien podrian suprimirse, sustituyéndolas por la siguiente: —¿Me quieres?... —¡Te quiero!... pues vámonos solitos á la Iglesia, y que nos eche el cura la bendicion, y que esto quede muy reservado entre nosotros dos.... tú en tu casa, yo en la mia, y Dios en la de todos.

Asi se veria uno libre de esa barahunda de pasos

que hay que dar para una cosa tan sencilla: así retraerian de entrar en la grey marital, tantos incies cortos de genio como yo, que no se atreven á verse en esas honduras (¡y qué honduras!) por vergüenza y nada mas.

Con gran sorpresa del rendido amante, el de Emirene escuchó su demanda con frialdad, contestó en estos términos:

—Agradezco mucho, amigo mio, el favor que me pensas, y desearia poder pagarte de este modo mi titud y estrechar mas y mas los vinculos de amistad que nos unen. Pero he resuelto no casar á mi sino á su gusto, y....

—Pero hombre, si ella me quiere, si me lo hecho....

—¿Acaso saben los niños lo que quieren? preg le Flores con dolorosa tristeza.

—Pero hombre, si yo la quiero tanto, ¡tanto!.

—Si; pero tienes cuarenta y cinco años....

—Pero si todos, y tú el primero, dicen que presento treinta....

—Y eres muy rico.

—¡Repartiré mis bienes entre los pobres, si es el único obstáculo!

—Por otra parte, mi consentimiento sin el de nuela de nada serviria. La ha educado, ha hecho ella las veces de madre, y no puedo ni debo prometerme sin su beneplácito....

—¡Enrique! exclamó don Juan saltándosele las grimas, creyendo que aquello era un vano subter para evadirse, y disculpándose con la hermana pedir su matrimonio. ¡Enrique! supongo que no irás que me vuelva loco ó me mate, maldiciendo e tante en que volví á verte. ¿Qué te he hecho para me robes mi felicidad?...

Y lloraba el buen castellano, no sé si de ra de desecho, y las lágrimas se le caian hilo á hilo.

El mudo language de la desesperacion con y convence siempre, porque sin dejar obrar al rano, hiere al alma y la domina por la fuerza del timiento.

El acento vehemente y la expresion del rost don Juan al pronunciar las palabras anteriores, llrou la atencion de su amigo y le hicieron compr que era una verdadera pasion la que abrigaba mejante á la que él sintiera por la madre de su hijo sus ojos en los suyos, y recordando su amistad, y la manera noble y desinteresada con habia salvado, se enterneció, y abriéndole sus l le dijo:

—Bien: déjame hablar con Emirene, y si e quiere, no me opondré. Hazme ademas el gusto á mi hermana, pues créeme, tendria un gran timiento si esta boda se hiciese contra su volunt

Los enamorados andan siempre al vapor: si dida de tiempo, dirigióse don Juan al cuarto de terata, que en aquel momento estaba leyendo obras de Bacon. ¡Aquí fué Troya!

La hora intempestiva y la desusada amab del hidalgo, pusieron en guardia á la veterana cerró el libro con mucha gravedad, se acom auto-ojos que se le habian caido un poco sob narices, y le ofreció una silla.

Empezó él su relato, peticion ó demanda veces tartamudeando, otras hablando muy de ora estregándose las manos, ora mirando al sur pronto levantándose el pelo como estirándose el co, los cuellos de la camisa, jugando con las de la levita ó los sellos del reloj; hasta que el punto culminante, al terrible consentimiento buena y apreciable señora doña Manuela, que e luces, profunda instruccion, grande esperien mundo, y superior inteligencia, no podria me hacer justicia á la rectitud de sus intenciones, se esplicaba el atribulado galan.

—That is the question, contestó ella abriendo de rapé y tomando un enorme polvo.

—Decia vd.... añadió don Juan, que no s ingles, juzgando no haber oido bien y medio d certado por su mal gesto.

—That is the question, repitió, that is the qu

—Suplico á vd. que me traduzca esa frase.... tiendo mas idioma que el español y un poco del chuá (1).

—Esa es la cuestion; ese es el punto que te que dilucidar muy despacio.

—Vamos, sedijo don Juan, nuestra confere raré hasta mañana; pero todopuede tolerarse: siga reduciria. Me haré cargo que he pasado t che en el infierno. ¡Ay! ¡Emirene, cuanto me t ¡y si despues de casada te me vuelves como tu

—En primer lugar.... ¡Ach! ¡ach!....

Doña Manuela estornudó: Serrel se encom todos los santos del calendario, viend que se taba para buscar el pañuelo, y hacia como qu encontraba, para impacientarle y agotarle la p ciencia que le quedaba.

Por fin apareció el bendito pañuelo, y la ve señora volvió á ocupar su gótico sillón, y á t hilo de su discurso.

—En primer lugar, opino que no debiais cas

—¿Por qué?

—Porque el matrimonio es un escollo, y con San Agustín: *Amor diviniór in Deum est, et s carnis....* ¡Ah! me olvidaba que tampoco sa latin.

(1) Idioma de los indios.

—Pienso aprenderlo después de casado, si os dignáis darme algunas lecciones, contestó don Juan con una sonrisa muy afable, deseando cautivar su voluntad á todo trance. Seguro estoy que si en aquel momento la solterona le hubiese dicho que veía volar un buque, habría contestado muy serio: ¡y qué alas tan grandes tiene!

Doña Manuela no se alucinó por aquel repentino escorzo de instrucción, y meneando la cabeza y golpeando la tapa de la caja de rapé, con un tonillo burlesco, capaz de sacar de sus casillas al hombre más pacífico, díjole irónicamente:

—¡Ya! ¡ya!... pero aun falta saber si os casareis...  
—Desearía que me sacáseis cuanto antes de dudas.  
—No seas impaciente, que la impaciencia ha perdido á muchos, como dice San Pablo en su epístola á los hebreos.

—Yo sé que tenéis buen corazón, y que no os oponéis á la felicidad de vuestra sobrina, ó mas bien, de vuestra hija.

—Por lo mismo que la quiero como si fuese mi hija, no he de consentir que dé su mano al primero que se presente. Perdonad, pero no pasaré adelante, si no me autorizáis para hablaros con toda franqueza.

—Eso es lo que yo deseo, respondió don Juan con voz apagada, presintiendo ya una negativa categorica.

—Continúo, pues; en segundo lugar, Emirene tiene mucho mérito.

—Por eso anhelo ser su esposo.

—En tercer lugar, está educada con mucha finura y esmero, como educada por mí.

—Sus cualidades morales son más apreciables, si cabe, que las físicas.

—¿Como si cabe?—preguntó la solterona frunciendo las cejas, revolviendo los ojos, hinchando las narices, y moviendo rápidamente los labios á babor y á estribor.—¿osais equiparar las sublimes cualidades del alma con las fugaces y deleznales del cuerpo, que una enfermedad ó un accidente cualquiera pueden aniquilar en un minuto?...  
—No digo tal, señora: quería significar solamente el doble mérito que se encuentra en ella á cual más grande, y como soy un poco rudo, no me sé explicar, y...  
—En cuarto lugar, tiene instintos de artista, y sería muy desgraciada con un hombre vulgar que no la comprendiese.

—No sé si me será dado elevarme hasta ella, respondió don Juan con profunda tristeza, muy afectado de verse tan duramente lastimado en su amor propio; pero si os aseguro, os empeño mi palabra de caballero, que jamás me opondré á sus inclinaciones, y respetaré en esto hasta sus caprichos.

—En quinto lugar, está criada con mucho mimo y cariño, y los malos modos, la *grosería* y *falta de consideraciones* de un marido *poco galante* con las damas, la enterrarían pronto... ¡Pobrecita mía!...

—Creo que en el tiempo que nos conocemos no habéis notado en mi carácter nada de violento ni despotico; en cuanto á grosero, alguna vez lo he sido con vos, y os pido ahora mil perdones; pero espero que me absolvais en cuanto os descubra la causa. Desde el primer día que vi á Emirene, me enamoré de ella, y no se os oculta que un enamorado no tiene ojos ni oídos, sino para la mujer que adora, pues...  
—Señor don Juan, dijo la literata sin dejarle concluir, echándole una mirada de enojo y desprecio: al fallarme por una muñeca, no ha sido á mí á quien habéis injuriado, sino á la ciencia, pues se trata de puntos científicos, y el que ha encañecido sobre los libros, rara vez perdona esa clase de agravios.

El hidalgo inclinó humildemente la cabeza, resuelto á sufrirlo todo con la resignación de Jesucristo, cuando subía al Calvario agoviado con el peso de la cruz. ¡Tan grande y vehemente era su amor!

—En sexto lugar, prosiguió impertérrita doña Manuela, Emirene ha cumplido diez y seis años hace un mes, como no ignorais, y vos tenéis ya 43, lo que equivale á decir que podeis ser su padre con mucho descauso.

Aquí, á pesar de su propósito, perdió los estribos el buen castellano, se le fué el último átomo de paciencia, de manso cordero convirtiéndose en tigre furioso, y levantándose de repente de la silla, y dando un fiero golpe sobre la mesa, exclamó:

—¡Señora doña Manuela!!!  
—Señor don Juan de Serrelar y Villavicencio!!!... contestó ella remedándole é imitando su acción.

—En suma, añadió el primero fuera de sí, ¿que significa toda esa monserga?  
—Significa simplemente que mientras yo viva no os casareis con mi sobrina, por los seis irrefutables argumentos que os he ido esponiendo, y que no habeis podido ó querido comprender, los cuales se pueden reducir á lo siguiente:

No tenéis las dotes necesarias para uniros con una joven como Emirene y hacerla feliz, porque careceis de instrucción; sois muy poco galante y tenéis triple edad que ella. Por convicción y por deber, opongo mi veto á semejante enlace. Seria una iniquidad.

La rabia ahogaba á don Juan, que se cruzó de brazos mirándola con ojos centelleantes. Impulsos tuvo de arrojarse sobre ella y torcerla el pescuezo como á un niño; pero se contuvo considerando que si su amada y su padre querían, ella solo podría retardar su enlace, pero no impedirlo. Con todo, para no hacer un disparate, reportóse y saltó del cuarto, trémulo y convulso,

maldeciendo en su interior la debilidad de su amigo, que se dejaba dominar por aquella harpía.

No habia andado cinco pasos cuando un ruidoso palmeteo, acompañado de una prolongada carcajada de la solterona, sacudió toda su máquina y crispó dolorosamente sus nervios, como si recibiese la repulsión de una botella de Leide recargada de electricidad. Volvióse precipitadamente y entró otra vez en el gabinete, resuelto á exigir una esplicacion de aquel ultraje.

Al mismo tiempo apareció en la puerta de la pieza inmediata Emirene con su padre, quienes, mientras él discutía con doña Manuela, habian sostenido un acalorado debate, en el que la niña convenció al papá, manifestándole que no sabia si lo que sentia por don Juan era amor, pero que no lo habia sentido hasta entonces por ningún hombre.

—¡Ah! ¡si supierais cuanto me ama!... añadió con entusiasmo, si le hubierais visto y oido esta tarde ¡oh! seré muy feliz. Y ya que me habeis mandado que os abra mi corazón, os confieso, padre mio, que todas vuestras dudas son injustas. Don Juan es el hombre más bondadoso, más noble y generoso del mundo... Decís que me lleva 30 años, ¿y eso qué importa cuando goza de una salud inmejorable y apenas tiene canas? Decís que será muy celoso y exigente... él me ha prometido morirse primero de celos, que agravarme y desazonarme con una sospecha injusta. Es un hombre de honor, y sobre todo, de una firmeza de carácter bien conocida: creo que sabrá cumplir su palabra, y si no... ¡mejor!... esa será una prueba de que siempre me quiere con la misma pasión que el primer día.

—Vamos, se dijo don Enrique, los dos están de acuerdo: sería una crueldad y una insensatez el oponerse; la chica tiene razón, Serrelar es un buen partido bajo todos conceptos, y cuando le defiende con tanto calor es porque le ama. ¡Dios quiera que no se equivoque!

Fingió que recapitaba algunos instantes, y en seguida dirigiéndose á ella, añadió:

—Puesto que es tu gusto, hija mía, sé feliz. No quiero llevar á la tumba el remordimiento de haberme opuesto á tu ventura. Pero cree á tu padre, amor mio, trata de refrenar tu genio, eres muy hermosa y amiga de los elogios y lisonjas. Procura vencer, y ni siquiera despertar una sospecha en el ánimo de tu marido. Al entrar en el mundo te vas á ver espuesta á mil seducciones; huye de ellas acordándote siempre que si tu padre vive y vive con honor, lo debes al hombre que va á ser tu esposo.

—Padre mio! contestó ella arrojándose á sus brazos, os juro por la sombra de mi madre, que no faltaré nunca á mis deberes.

Entonces Flores besó á su hija en la frente, y alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Cuanto te agradezco, Dios mio, poder pagarle de este modo sin que me recuerde la conciencia, la deuda de gratitud que abriga mi pecho hacia él!...

Y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Por qué llora vd? preguntóle su hija con interés.

—Lloro de alegría, respondió él; Dios te bendiga y haga tu union tan feliz como lo fué la mia. Ahora vamos á ver á tu tia, que me parece no está muy bien con tu Amadís.

—¡Qué! repuso Emirene sonriéndose, ella se alegrará mucho...  
—¿Por qué?... ¿sabe algo?...  
—Escuchad: desde el segundo día que don Juan estuvo á vernos ella me dijo: el hidalgo está enamorado de ti, dentro de poco va á perder el juicio. Yo me eché á reir; muy pronto, á pesar de la reserva de mi amante que no me ha dirigido ninguna declaración hasta hoy, conocí que mi tia no se equivocaba. Todos los requiebros de don Juan se reducian á mirarme con mucho cariño, á celebrar mis dibujos y traducciones, á elogiar mi voz, y á llamarme reina, cosas á que estoy tan acostumbrada, que ya no me hacen impresion. Con todo, hablaba en sus miradas y en la reserva y gravedad con que me dirigia la palabra cuando nos quedábamos un momento solos (caprichos de mi tia, que me confesó luego lo hacia para experimentar), algo que no habia notado en los demas. A veces, cuando aquella tardaba, tomaba el sombrero y se iba, sin duda para evitaros el disgusto de que entráseis y me vierais sola con él.

Este proceder delicado me llamó la atención y le reconcilié con mi tia, que estaba algo incomodada, porque nunca podia entablar una conversacion sostenida con él: recordareis el precioso Album que me regaló el día de mi santo; pues esa noche, antes de acostarnos, mi tia me preguntó qué opinion tenia formada de don Juan; se la dije, y tuve el gusto de ver que coincidía con la suya: volvió á preguntarme si le aceptaria por esposo, y respondiéndole yo que era una locura solo el pensarlo, insistió, y le confesé no sin trabajo que sí, con tal que mereciese su aprobacion y la vuestra. Entonces ella me dijo: piensas con mucho juicio y debes animarte, porque aunque es un ignorante, muy poco galante con las señoras mayores, tiene un alma muy bella y un corazón más noble aun. Te hará muy feliz.

—Me alegro, mas vale así, replicó don Enrique; ea, vamos á verla, que probablemente allí encontraremos á tu futuro.

Esto explica la estraña conducta de la literata que, en efecto, habia querido divertirse con don Juan y venturarse de paso de su impolitica y desatenciones, aun-

que en el fondo las disculpaba, porque en la ciega idolatria que profesaba á Emirene, juzgaba que era imposible amarla sin enloquecerse.

La repentina aparicion de los dos nuevos interlocutores vino á animar el cuadro, ya de suyo cómico é interesante.

—Me hareis el favor de decirme, gritó don Juan temblando de cólera, ¿qué significa esa insultante carcajada y palmeteo estrepitoso?...  
—¡Hombre de Dios! venga acá: ¿no ha conocido usted, santo varon, que todo ha sido broma?...  
—¡Dios eterno! ¿será verdad? preguntó él con voz temblorosa, acercándose á la poltrona de la vieja, ya despejada la frente y radiante de alegría.

En ese instante entró Emirene y su padre.

Doña Manuela por única respuesta, se levantó y tomó á su sobrina de la mano, diciéndola:

—Hazme el gusto, picarilla, de dar un abrazo á tu futuro. ¡Pobre señor! ha fumado un habano!... (1)  
Emirene dió un paso... pero retrocedió avergonzada....

—Vamos, don Juan, sea vd. mas valiente, repuso la literata con malicia, á vd. le toca; ella consiente, vamos, acérquese, y dala un fuerte abrazo á cuenta de los futuros.

Don Juan idem, idem.... dió un paso, miró á su linda novia encendida como una grana.... y retrocedió como un necio.

—Necio y mas que necio!... Si hubiera sido yo, á pesar que tengo el genio tan corto!...

Entonces, empujando la tia á la niña y el papá al galan, se dieron un abrazo tan apretado que.... me obligan á tirar la pluma de envidia, y abrazarme frenético con la mesa en que escribo, creyendo abrazar algo mas sólido. ¡Tanto puede el mal ejemplo!

Si la boda se verificó pronto, si fué espléndida, y si el canastillo de la novia era digno de ella, es inútil decirlo, sabiendo la pasión y la generosidad del castellano.

Corrió, anduvo, galopó, no paró hasta que le echaron la santa bendición nupcial, con la que tal vez suñará esta noche alguna de mis lectoras casaderas, y á lo que hará ¡uf! mas de una, remilgado lector. Sin acordarse que cuando uno menos piensa....

Siento que los estrechos límites de este capítulo, ya muy estenso, no me permitan estenderme en consideraciones de otro género, y pintar toda la embriaguez y felicidad de don Juan los primeros días de su boda. Los que han sentido los encantos de una pasión verdadera, los que han consagrado á una mujer su existencia, haciendo de su cariño el centro de todas sus aspiraciones y deseos; los que en ese estado que no tiene nombre, pero el único quizá que puede darnos una idea de las delicias de otra vida, se han estremecido al tocar la mano de su amada, al roce de sus vestidos, al eco de su voz, ó á una sola de sus miradas, y han codiciado gloria, renombre, riquezas, honores, cuanto pueda abarcar el pensamiento;

«Cuanto fingió é imaginó la mente,  
«Cuante del hombre la ilusion alcanza,  
«Cuanto creara la ansiedad demente,  
«Cuanto acaricia en sueños la esperanza (2).

para arrojarlo á sus plantas, como si fuese todavía poco para servirles de alfombra, esos comprenderán, sin que yo se lo diga, todo el delirio, el ardor, la ilusion, la ventura de un amante, que al fin puede estrechar contra su seno á la mujer que adora, á la mitad de su alma, que al fin, en puro, indisoluble lazo, se confunde é incorpora con su otra mitad.

Imposible es explicar lo que entonces se siente: la razon de esto, ya la he dado en otra parte (3); y para no repetir en rastrera prosa, perdone el lector si la trascibo aqui, cometiendo la necesidad de citar-me yo mismo.

Por qué cuando se goza cuando el placer es tanto, Que ofusca los sentidos y embarga la razon, Sintiendo, dudamos; tocándole, pensamos Que acaso es de un ensueño fantástica ilusion.

Y deja en nuestra mente con el girar del tiempo, Un vago pensamiento sin forma ni color, Como al volver de un fuerte letargo del momento, Confusas las ideas no van al exterior.

Pero un recuerdo informe, reconcentrado queda, Que al comprender el alma, no acierta á definir; ¡Recuerdo inescrutible que nunca se revela, Ni con terreno idioma se puede traducir!

Aquí debia yo despedirme de mis lectores, entonar un canto epitalámico en quintillas de pie quebrado ó en versos sáficos, y dar por concluida mi novela, ya porque el casamiento es la última y mas interesante página de toda novela y episodio erótico, ya porque, como dice Propertio;

Principium dulce est, sed finis amoris amarus; Leta venire Venus tristis abire solet.

es muy doloroso después de una felicidad tan completa, ponerse á considerar cuan rápida se desvanece,

(1) Refran con que significamos pasar un trance amargo, un mal rato, etc.

(2) Espronceda.—El Diablo mundo.

(3) Celar.—Trova VIII.

y como se agostan y marchitan las mas fulgentes ilusiones. Si, es muy triste ponerse á contemplar friamente como todo pasa, se gasta y aniquila en este mundo maldecido, donde hasta los recuerdos se borran, donde todo es incompleto, contingente, perecedero, deleznable, incierto:

Où le bonheur d'un jour n'a pas de lendemain (1).

Pero me he comprometido con mi Editor á entregarle cinco tomos lo menos, y es preciso seguir adelante por mas que lo sienta y deplora. ¡AYYYY! ¡el exámen de la yerba realidad encanece la cabeza y seca el corazon! ¡uf! ¡las cosas vistas de cerca pierden las tres cuartas partes de su mérito!... ¡oooh! en la variedad está el gusto, *per troppo variare natura è bella*, dicen los italianos.

¿Le sucederá á don Juan lo que á muchos de los que se casan por amor, los cuales al desposarse abrigan en su pecho un fuego mas ardiente que el sol de los trópicos, y á los quince dias están mas frios que las nieves de la Siberia? ¿Será como tantos, que antes de echar la guerra á su rebelde compañera, no saben qué prometería, y cuando pasan de amantes á maridos, ni se acuerdan de sus juramentos, ni tienen siquiera la delicadeza de fingir que los han olvidado, diciendo con dulzura á su consorte, que nunca prometieron ni pudieron prometer tal ó tal cosa, porque seria un absurdo, porque la sociedad, el buen parecer ó el estado de su bolsillo exige, etc.? No quiero hacer mención de los infames que encima de engañarlas. Las opalean, porque eso seria recargar el cuadro con tintas demasiado lúgubres...

Pero vuelvo á don Juan y pregunto, ¿será siempre tan rendido, tan tierno, tan afectuoso, como el primer dia? ¿La posesion no entivará su afecto? ¿Siempre verá en Emirene al ángel de sus ensueños, y no á la muger con sus defectos é imperfecciones morales, ya que no físicas?...

Allá veremos, lectores y lectoras, allá veremos. Ya por lo pronto le tenemos casado, porque cuando uno menos piensa...

Dejémosles comer el pan de la boda en paz, espereamos siquiera para empezar á murmurar, á que nos paseen las targetas de costumbre con el consabido rótulo en letras doradas:

Doña Emirene Flores de Valdelirios y Villavicencio

Y

Don Juan de Serelar y Villavicencio,

Se ofrecen á vd. en su nuevo estado.

(Casa de vd., calle de San Carlos, núm. 203.)

y cerremos aqui el capítulo, quedando todos bajo la impresion de una idea agradable é inocente:

Y entretanto, vosotros los que ahora Pinté embriagados de placer y amores, Gozad en tanto vuestras almas dora La primera ilusion con sus colores: Gozad, que os brinda la primera aurora Con el jardín de sus primeras flores, Coged de amor las rosas y azucenas De granos de oro y de perfumes llenas:

Y sed vosotros, isla de verdura Donde repose yo cansado y yerto, Del sol que ennegreció mi frente pura Y del árido viento del desierto: Idea de suavísima dulzura Vosotros sed, do el pensamiento incierto Fije su vuelo, y vuestro aroma blando Venga á mi corazon su afán templando (2).

#### CAPÍTULO VII.

##### El Pan de la boda.

Nada mas agradable que el cuadro de la felicidad conyugal: nada que reconcilie tanto con la vida como la vista de dos tiernos esposos que, á sus buenas cualidades reúnen las condiciones indicadas por Rousseau: amor fundado sobre el comun aprecio que dura tanto como la existencia, sobre las virtudes que no se borran con la belleza, sobre la similitud de genios, que hace el comercio agradable y prolonga hasta la vejez los encantos de la primera union (3).

Catorce meses pasó don Juan en un dulce arrobamiento, cada vez mas apasionado de su esposa, esmerándose en complacerla, feliz con su ternura y las caricias de un hijo, vivo trasunto de la incomparable belleza de su madre, y que esta, le dió para acabar de enloquecerle; pero como en este pícaro mundo no hay felicidad completa, al cabo de los catorce meses, le sucedió... vaya, adivinad lo que le sucedió... Os doy de plazo todo el tiempo que tardéis en leer este capítulo.

Don Enrique y su hermana se habian ido á vivir á una magnífica casa de campo, que poseía su yerno á cinco leguas de Lima: la quebrantada salud del primero, y la afición de la segunda á las bellezas de la naturaleza, les sirvieron de pretexto y les decidieron

á alejarse de la ciudad, comprometiéndose don Juan y Emirene á ir á pasar todos los domingos con ellos; para lo cual, salian de Lima los sábados á las cuatro de la tarde, llegaban allí antes de la oracion, y se volvian los lunes por la mañana.

Contribuyó no poco para que Flores adoptase esta resolusion la conducta impolítica de su hermana: en todo se metia la buena señora; todo lo revolvía y disponia segun su capricho; estaba casada su sobrina, y queria mandarla y tratarla como cuando soltera; en todo encontraba materia para dar consejos á su marido, y hacerle algunas cortas observaciones que duraban de tres á cuatro horas: en fin, se habia empeñado en enseñarle el latin, recordándole su promesa, y aunque don Juan le contestaba con sorna:

—Mas adelante.... ahora no tengo tiempo, Emirene me da lecciones de canto, música, dibujo, pintura, inglés, francés é italiano....

Insistia y volvía á cada instante sobre el mismo tema; no sé si por divertirse ó por espíritu de contradiccion.

El, como hombre prudente, se aguantaba, y cuando mas, miraba á su suegro y alzaba los hombros, como diciendo: ¡paciencia! estos son gages del oficio: el que se casa por todo pasa....

Flores conoció que ni su hija ni su amigo podian ser felices teniéndola encima, y se determinó á librarla de ella con el pretexto referido. Don Juan vió el cielo abierto y no pudo ocultar su gozo, cuando vino á decirle, que si no lo tomaba á mal, pensaba irse al campo á pasar algun tiempo con su hermana, pues así lo exigia el estado de su salud. Padecía de un asma que le atormentaba mucho en el verano.

Conformes su hija y don Juan, pasaron los tres á anunciárselo á doña Manuela, de cuyo consentimiento no estaban muy seguros.

Encontró ella el proyecto muy razonable, y hasta se alegró; pero opuso una dificultad, que por poco inutiliza las maniobras de su hermano. Se empeñó en que Emirene habia de acompañarlos.

—¡Señora! dijo don Juan, saltando como si hubiese pisado una vívora: mis negocios no me permiten alejarme de la ciudad.

—¿Y quién os dice que vengais?... ¡vaya! ¡me gustal.... ¿No puede venir sola?...

—Hermana, no seas imprudente, añadió Enrique en tono severo, viendo que la conversacion tomaba mal sesgo.

—Pues ha de acompañarnos, ó si no vete solo.

—Pues me iré solo, contestó Flores con frialdad.

Emirene permanecia callada, mirando alternativamente á su tia, á su padre y á su marido.

—No hay que alterarse, señora, repuso don Juan; aqui está Emirene, ella decidirá: he dicho y repito que nunca me opondré á sus deseos, siendo razonables; se hará lo que ella quiera....

—¡No se hará lo que ella quiera, sino lo que yo mande! gritó la solterona furiosa; ¿cómo se entiende? ¿me he de someter yo al capricho de una muñeca?

—Bueno.... basta.... dijo Emirene, deseando cortar el debate aun á costa de un sacrificio, iré por quince dias.

Don Juan arqueó las cejas, apretó los labios, y fijó la vista en el suelo, cruzándose los brazos atrás de la espalda; movimiento que indicaba en él el disgusto que le ocasionaba algo que no podia evitar.

—¡Ni por uno!... exclamó Flores golpeando el suelo con el pie.

—Pero....

—No hay pero....

—Pero hay manzana, manzana de discordia, añadió la literata, que ni aun en medio de una disputa olvidaba los retruécanos y las frases de efecto.

—Responde, Emirene, ¿vendrás con nosotros?

—¡Yo te lo prohibo! dijo su padre, poniéndole la mano en la boca.

—¡Yo te lo mando! repuso aquella cogiéndola bruscamente de un brazo.

—Pues no voy, exclamó la pobre víctima, ya enojada tambien.

Entonces don Juan con mucha amabilidad, apoyó su robusta diestra en la garra de doña Manuela, la hizo soltar su presa, y tomando á su muger de la mano, se dirigió á la puerta, diciéndoles:

—Ahora vds. arreglen el negocio como mejor les agrade: y haciendo una reverencia, desapareció con su compañera.

Doña Manuela se echó á llorar.

Enrique empezó á pasearse por el cuarto, esperando á que pasase el ímpetu de su cólera; pues toda aquella prosopopeya eran arrebatos, chispas del genio, que se apagaban con la misma facilidad que brotaban; bien convencido de que á la última hora, aunque estuviese mas furiosa que una tigre, á quien roba el cazador sus cachorros, vendria á buscarle y no tendria corazon para dejarle partir solo, enfermo como estaba.

Las personas muy propensas á irritarse carecen siempre de energía moral, y ceden ó se abaten, como unos niños, á las impresiones que las hieren. No diré que su corazon sea malo, al contrario, suelen tenerlo muy bueno; pero es una triste gracia, por cierto, el prodigar los insultos, humillar y ofender á los demas por cosas que no valen la cabeza de un alfiler, y luego disculparse con la vehemencia del genio. Cuando es un deslenguado, á quien no tenemos que guardar consideraciones, es muy dulce volverle á meter por la garganta, á bofetadas, las palabras que ha pro-

nunciado; pero cuando es una persona á quien la naturaleza ó la sociedad nos imponen el deber de tolerar, no se puede vivir con ella en armonia una semana, y se necesita, teniendo un carácter enteramente opuesto al suyo, una gran dosis de instruccion y tolerancia, acompañada de muy buenos sentimientos para no dar cabida al desprecio y al rencor, que naturalmente engendran sus procedimientos irreflexivos desnudos de lógica, de consecuencia, y á veces hasta de sentido comun.

Tal acontecia á los dos hermanos, que en el fondo se amaban muchísimo y no podian vivir el uno sin el otro. Bien que siempre Enrique fuese el que cedia primero, ya porque tenia mas esperiencia y tolerancia, ya porque le parecia justo rendir este homenaje á la mayor edad de su hermana, y á los sacrificios que hiciera, viniendo desde España á reunirse con él, impulsada solo de su cariño.

La inesperada decision de su hija, que no creyó él se atreviera á contradecir á su tia, y la voluntad paladinamente espresada por su esposo, librándole de esta ocasion del compromiso de tener que desdecirse Bastóle, pues, tomar una silla y sentarse al lado de su hermano para que esta depusiera su encono, presintiendo que descaba hacer las paces.

—Tú no reflexionas, Manuela, le dijo, y si no conociera tanto tu buen corazon, creeria que descabas en terrame.

Entonces, recordando ella que estaba enfermo, que el médico le tenia recomendado que evitase especialmente el incomodarse, alzó la vista y le miró enternecida.

(Se continuará.)

#### ALCALA DE HENARES Y SU FERIA.

Señor editor de *La Semana*: Pongo en su conocimiento que me ha dado este año la humorada de ver la feria de Alcalá, y que despues de vista me ha dado la mania de querer comunicar á los lectores de su periódico las buenas ó malas impresiones que aquel ha producido en mí. Y como para referir los sucesos de una expedicion sea preciso tomarlos del punto de partida, allá van, salgan por donde salgan.

Dicen que por la puerta de Alcalá se sale de Madrid para ir á la ciudad en cuestion, y por la indicada puerta salí yo llena de ilusiones mi alma, porque creí encontrarme al fin de mi viage con muchas cosas que no encontré. Lo primero que me acudia á la imaginacion era la audacia de aquel don Tello, el Rico hombre, que decia:

Esta inmediata alquería, que dominando la vega del Henares que la riega se sienta en la orilla fria; del robo por mi pensado teatro, etc., etc.

Despues pensaba en aquella universidad, gloria del cardenal Cisneros, en aquella iglesia magisterial que, segun habia leído, tenia el mismo orden de arquitectura que la catedral de Toledo, y últimamente completaba mi ilusion el recordar que Miguel de Cervantes habia nacido en Alcalá, y que la ciudad habia rendido al inmortal autor del Quijote algun tributo digno de su talento. Embebido en todas estas ideas no habia advertido que la diligencia corria á mas no poder, y que cruzábamos la villa de Torrejon de Ardoz. Levantó la vista, y mis ilusiones desaparecieron; fijó aquélla en unos letreros que divisó, y leo á la derecha *Despacho de cebada y comestibles*, y á la izquierda *Posada de Cristo*. ¿Qué tal? ¿No es capaz semejante vista de quitar la ilusion al leon del Retiro, como dices vulgarmente los madrileños? Aquellos rótulos me dejaron estupefacto, y no sabia qué admirar ni si la audacia del que profanando el augusto nombre de Cristo convertia á aquel Divino Señor en posadero ó la barbaridad del que preferia la cebada á los comestibles, en su acepcion bien recibida. Pero pronto desaparecieron aquellas anomalías y me hallé á vista de un dilatado campo, del cual habian segado las mieses, y en el que, segun me dijeron, se habia impreso la segunda edicion del abrazo de Vergara. Pocas reflexiones dióme lugar aquel sitio, porque diligencia era arrastrada con una velocidad increíble, y despues de dos horas y tres cuartos de camino estábamos en la ciudad por la puerta de Madrid, como para salir de la corte habíamos traspasado la puerta de Alcalá. En la citada puerta encontré por la parte que mira al camino real una lápida de mármol blanco, y en ella la siguiente inscripcion:

REINANDO CARLOS III.  
AÑO 1788.

En otra, colocada en la parte interior, lee:

A ESPENSAS DEL ARZOBISPO DE TOLEDO EL EXCMO.  
SR. D. FRANCISCO ANTONIO LORENZANA.

(1) Lamartine.—Meditations.  
(2) Diablo mundo.—Canto IV.  
(3) Emilio ó la educacion.



Llegamos, por fin, al término de mi escursión, y como ya era anochecido, lo primero que hice fué acomodarme en una casa de hospedaje, mediante el ajuste de comida, etc. Poco puedo contarle á vd., señor editor, de lo que ví en Alcalá á aquellas horas, y solo debo noticiarle que despues de metido en la cama vi asaltado mi lecho por un enjambre de animales picantes, verdadera plaga de Egipto, y capaces de hacer mas estragos que las plagas de Madrid, descritas por el señor Magariños Cervantes. Como en Alcalá se halla el *Establecimiento central de caballería*, se conoce que las chinchas han aprendido la táctica, y salen formadas por escuadrones en masa para asaltar al misero viajero. Tal fué la batalla, que ellas á picotazos y yo á pescozones alcanzamos la luz del nuevo día, y abandoné el campo para correr las mal empedradas calles de la patria de Cervantes. Diríjeme á la Magistral, y quedéme sorprendido ante aquellas magnificas bóvedas, ante aquellas verjas aliggranadas

biterio de Santa María la Mayor y la media naranja del convento de religiosas bernardas. Párase absorto el viajero ante la fachada de la célebre universidad. Sin guardar orden alguno determinado en su arquitectura, agradan sobremanera aquellos follages y aquellas columnas, decorando el segundo cuerpo un gran escudo real, soporlado por el águila imperial, y acompañado de las columnas de Hércules. Sobre el dintel de la puerta principal y en los remates de las pilastras véense tambien las armas de Cisneros. Los patios se encuentran deteriorados á lo sumo, y el tercero está lleno de escombros, paja é inmundicia. Lástima da ver las paredes de aquel edificio si se considera que de sus aulas han salido hombres eminentes en todas carreras; y seguramente fuera un baldon para el que ha enganado aquella finca si permitiese su deterioro ó no procurase evitar la ruina de tan célebre monumento. No basta haber puesto por condicion que el actual dueño aproveche

remáquico. Figúrese vd. un cuadrilongo, con un círculo formado en el centro, y que tiene de medida uno ciento cincuenta y seis pies, sin barrera; con siete burladeros, con un tendido que sube por los ángulos hasta el tejado, y por los lados no llega á siete filas de asientos; con veinte y cuatro palcos de sombra, catorce de sol, con sesenta y cuatro asientos de grada cubierta, distribuidos en cuatro filas, y tendrá vd. una idea de lo que es la plaza de toros de Alcalá. Para remate de cuentas hubo corrida de novillos, con dos toros de muerte. Dejemos á un lado los viehos menudos, y cátese vd. en plaza un toro de Colmenar Viejo, con divisa encarnada y perteneciente á la ganadería de don Mariano Garcia. Retino oscuro y de no poca cabeza. Tomó el picador Zapata cuatro varas, y cinco de Ceferino, dándole dos porrazos é hiriéndole dos caballos. Entre Tragabalas y otro muchacho le plantaron tres pares de banderillas, y el señor Isidro Santiago, sin encomendarse á Dios ni al diablo, sin pasarlo de muleta, y despues de haberlo querido despachar á pasatoro, le puso una regular estocada. Pero ¿qué sucedió? Que no habiendo acostumbrado á la fiera á bajar la cabeza con el engaño, tiró alto el derrote al recibir la estocada, y enganchó al diestro por poco mas arriba del vacío derecho, haciéndole retirar de la plaza no muy bien parado. El segundo toro era de don Angel Robleda, de las Navas de Pinare, voluntarioso, aunque de pocos brios, tomó de Zapata ocho varas y nueve de Ceferino, llevó cuatro pares de rebiletes, y tres banderilleros se disputaron el honor de acabar con el vieho. Por fin, uno que vestia un traje morado sucio con plata destucada, tomó el estoque y tras de un pase de muleta le metió el acero por la coyuntura del brazo derecho, á satisfaccion del pueblo, que vió muerto el toro del mejor mete y saca que han conocido los anales taumomáquicos de la degolladura. ¡Qué aplausos le dieron, señor editor! Aquí sí que venia de molde aquellos dos versos parcados de Lope de Vega, que dicen:

*El vulgo es necio, y pues lo paga es justo, etc.*

Salgámonos de aquella parodia de corrida, y demos una vuelta por la feria. Puestos de quincallería por acá, tiendas ambulantes de géneros de algodón por allá, tinglados de sombreros calañeses por este lado, paredes cubiertas de erriba á abajo con colteras, cabezadas, bridas y atalage por el otro, y ya hemos visto lo principal del mercado. Pero miento: sigamos hasta la puerta de los Mártires, y admiremos el inmenso número de mulas que puebla aquella calle; demos cara á la ronda y asómbremos la infinidad de cabezas de ganado de cerda: salgamos al camino de Guadalajara y nos asustará la multitud de gitanos que van á vender burros, listos como la centella, y jóvenes á juzgar por sus dientes; pero que presentan tan buena estampa á merced de la habilidad del vendedor, y tal vez rebajan su edad á impulsos de la lima ó del saca-muelas. ¿Quiere vd. que revisemos los puestos de vidriado ó de hierro viejo? No, porque nos aturdirán la cabeza el bombo del tío Vivo, que ha plantado sus reales en un extremo de la plaza, y el tambor del tío que enseña por dos cuartos el mundo nuevo, amen de las insolentes frases de que se sirve para dar á comprender lo que los chiquillos y palurdos contemplan asombrados por el cristal de aumento.

Ya hemos visto á Alcalá; ya hemos pasado revista á la feria; solo falta ahora que vd. se digne pasarla por estos renglones, y dándoselos al cajista, tenga este la bondad de proporcionar á los lectores de la *Semana*, si no un buen rato, á lo menos una relacion verídica de cuanto he presenciado en la patria del inmortal Cervantes.

R. MEDEL.

**SOBRE EL COQUETISMO.**

Por mas en oposicion que esté con las reflexiones que acerca del coquetismo ha publicado el señor B... en el número 41 de este periódico, no haria una pequeña tregua á mis ocupaciones, á no haber sabido que la señorita á quien las dedica, y con cuya opinion no parece conforme, es una de las que mas lo merecen todo, porque mas valen. El interés que, sin apelar al coquetismo, inspira de suyo la linda entre las lindas L. A., muéveme á salir á la defensa de su opinion y á combatir la del señor B..., no porque aquella lo necesite, no por adular á una hermosa, en cuyo elogio no sabria yo decir lo suficiente (adulacion por otra parte, única noble y que admito), sino por no dejar sin correctivo aserciones que, ni conceptúo exactas ni favorables á esa bella mitad del género humano, sin cuya natural coquetaría fuera por lo menos desabrida nuestra existencia.

Pero antes de decir cuatro mal pergeñadas palabras sobre el coquetismo, séame lícito bosquejar ligeramente con mi tosca pluma á la joven que dió motivo al artículo citado, y que motiva el presente. ¿No habeis visto, y á la vez admirado, tres niñas, las tres Gracias, de simpática figura y de singular belleza, casi siempre acompañadas de la que, desde luego, y no por su edad, parece su madre?

¿No habeis celebrado, á la par que su donosura y elegancia, su semblante cariñoso, su fisonomía inte-



El cardenal Cisneros.

ate aquellos púlpitos llenos de relieves dorados sobre fondo azul, y de los cuales la mano destructora de los siglos no ha podido borrar la brillantez del oro, ni hacer desaparecer de la sillera de nogal que rodea el coro los atrevidos caprichos del escultor. Sobre la puerta principal de la verja del altar mayor, formado por letras doradas leí:

MAESTRO FUAN FRANCÉS, MAESTRO DE LAS OBRAS DE FIERRO EN ESPAÑA.

Comprendí desde luego que el fabricante sabia trabajar el hierro divinamente, pero que en puuto á escribirlo tenia que aprender todavía. Debajo de la meseta del altar mayor hay una primorosa capilla con tres altares; el de en medio encierra en tres urnas de plata, trabajadas primorosamente. Los restos de los mártires Justo y Pastor, hijos y patronos de Alcalá, conservándose enfrente del altar é incrustado en la pared, la losa ó piedra donde fueron sacrificados al furor de los enemigos de la ley de Cristo. Bájase á esta bóveda por dos escaleras, cuyas puertas ostentan los dos sucesos principales de la vida de los niños, en relieves de alabastro. El altar mayor de la Magistral es de poco mérito, si se exceptúan las pinturas al fresco que lo rodean. En una de las ochavas, por la parte de fuera del lado del Evangelio, existe un magnífico cuadro que representa la *Virgen de los Desamparados, de Valencia*. Nada hay mas halagüeño que aquel divino rostro, tocado maravillosamente, y cuyas tintas revelan el delicado pincel de su autor. No me supieron dar razon del que le pintó, y el mas antiguo de los sacerdotes me dijo que lo habia conocido siempre allí; lo mismo que los púlpitos, los cuales le pregunté si habian sido restaurados, al verlos como si hubieran acabado de dorarse. En todos los estremos de las obras interiores campea un escudo de quinque escaques, ocho de oro y cinco de gules, perteneciente al cardenal Cisneros.

Fuera de la iglesia Magistral, las demas ofrecen poco de notable, si exceptuamos los frescos del pres-

su finca sin tocar á la fachada y galerias de los tres patios; es necesario vigilar la conservacion de estos objetos para que no llegue el dia de que sea necesario su derribo.

En mejor estado se encuentra el palacio del Arzobispo. El segundo patio, obra de caprichoso orden, está muy bien conservado; y á todo el mundo sorprende la meseta de la escalera principal, tallada toda de arriba á abajo con dibujos en relieve de mil formas y figuras. Tambien ostenta este palacio un soberbio escudo real de la época de Felipe V.

Hasta aquí, señor editor, lo mas digno de mencionarse; pero vámonos al teatro, propiedad de la sacramental de Santa María, y preguntemos al ver su entrada, si es la de una caballeriza ó la de un coliseo. Veamos sobre el proscenio el retrato de Cervantes, superado de una corona de laurel, cubierta con una disforme telaraña, y demos un voto de censura á los hermanos de la cofradía por semejante abandono. Veamos un teatro pequeño, que lo que le falta de comodidad le sobra de colgaduras al palco de la presidencia, y no penetremos en el vestuario, porque nos ahogaremos en los dos únicos cuartos que hay para los actores, y en los cuales han de vestirse como los frailes de la Trapa; en comunidad.

Antes de entrar en la plaza de toros, pasemos por una corta calle, que partiendo de la Mayor desemboca en la de Santiago, y veremos en una pared una puerta pintada, y sobre ella una lápida con esta inscripcion:

AQUI NACIÓ MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DEL QUIJOTE. POR SUS OBRAS Y SU INGENIO PERTENECE AL MUNDO CIVILIZADO; POR SU CUNA Á ALCALÁ DE HENARES.

AÑO 1846.

No dirá vd. que el rotulillo pertenece por su estilo á una ciudad de poco númen. Pero salgamos de esta calle, y frente por frente encontraremos una puerta que da á un estrecho callejon, y á cuyo fin nos colaremos por otra no menos estrecha en el circo tau-

higente? ¿No habeis fijado con placer la atencion en la de aventajada estatura, mirar dulce, rostro noble, y rubia y rizada cabellera? Pues vedla en el Prado, que su peinado á la romana os dará á conocer la virgen que, si viviera Rafael, seria el modelo de las virgenes, la huérfana de un gefe de provincia, á quien el no fundado recelo de que pudiera dudarse por el momento de su probidad, costó la vida. Fuerte, pues, con la autoridad que tiene para mí la hermosura, y con la que prestan en este caso las relevantes cualidades de la heredera de un nombre que recuerda con veneracion una provincia, de la sobrina del varon esclarecido que, muy inmediato al trono, bajó pobre á la tumba, y cuya virtud, cantada por mil vates, perpetuará un monumento, hijo de la gratitud soberana, no apoyaré su asercion, porque ni el señor B... la contrarió de frente, ni cabe dudar del triunfo que sobre la muger grave y sensible obtiene en la sociedad la coqueta. Pero atacada con destreza (y se deja comprender la causa), tratando á la coqueta cuan mal es posible tratarla, salgamos á su defensa, que es la del otro sexo, digno por tantos títulos de nuestra consideracion y aprecio, de nuestras atenciones y cuidados, de nuestro amparo y amor.

Ante todo, no puedo convenir ni en la definicion que da el señor B... de la coqueteria, ni en la exclusion que hace de la misma del deseo de agradar. Algo mas que el deseo de inspirar amor sin tenerle, es para mí esa coqueteria que tanto horripila al señor B..., la única por cierto, si es llevada al exceso, de mal género, y cuya imputacion no agrada á la muger. Necesaria para muchas, ni es incompatible con la virtud, ni son tan graves ni tan terribles sus consecuencias.

Negando el señor B. al deseo de agradar que la muger siente su nombre, ha incurrido, á mi juicio, en error grande. Cuando la sociedad, de que es mitad la muger, le ha aplicado, cuando ella misma en su perspicacia para distinguir lo que la perjudica y lo que la favorece, le usa, no será yo quien rompa lanzas contra el mundo entero, y pretenda en vano cambiar un sentimiento que crea natural. Sostendré, por el contrario, que es tan propia de la muger la coqueteria, como de las flores el aroma, como del cielo las estrellas.

Condicion es natural, lo mismo en la nuestra, que en todas las especies de seres animados, el amor de los sexos; en lo único que de los demas nos diferenciamos, es en que por vivir en sociedad para nuestra seguridad y mejor estar, tiene la muger que ser solicitada en el deseo de agradar, porque, resultado de la constitucion de aquella, el matrimonio es su único destino, su porvenir único. Solo este estado la pone por lo general á cubierto de la miseria, solo en él halla familia cuando la ha perdido, él la da consideracion y la protege, cuida y mejora su fortuna, él únicamente legitima el precepto de la creacion. ¡Qué mucho, que desde su niñez piense en agradar generalmente, cuando no puede saber quien de tantos podrá ser su compañero, cuando la sociedad, tan desigual, é injusta con ella, la impide manifestar su cariño á quien le merezca! Decís que el deseo de agradar, que el amor á nuestros semejantes, es un deseo natural, es hijo de la existencia de la sociedad; nos recomendaris el sublime precepto *si quieris ser amado, ama*, y negais á la muger que tiene mayor necesidad de

ser amada ese deseo de agradar, ese amor general para el que ha nacido, para el que ha sido formada, sin el cual ni aun se concibe su ser! ¡Hallais bueno en el hombre que pase su juventud consagrado todo á crearse una posicion, y reprobais en la muger este justo deseo de su felicidad! ¡Agotais y dais tormento á las frases por aplaudiros mutuamente vuestras tareas, muchas de ellas inútiles cuando no funestas, y vuestro egoismo no halla sino palabras de censura para la joven en quien echais de menos la instruccion que la habeis negado, y á quien llamas frívola, si obedeciendo á sus inclinaciones se adorna como quieris por hacerosmas grato el momento que dedicais á su expansivo trato! Si tarda poco mas que los mas de vosotros en el cuidado de su persona, olvidais que solo á agradaros, solo á parecer bien se reducen sus pretensiones; que sus gracias son tal vez su único patrimonio, que hacerlas valer es su ocupacion principal, y que no la permitis otro medio de hacer su carrera. Nada disimulais en la muger; ¡y cuánto se pudiera decir de vuestras frivolidades, de vuestra vanidad y orgullo, de vuestra pedanteria y ridiculo quiotismo! Con las faltas que achacais á la muger, no teneis al menos los motivos de disculpa que la asisten, pues que consumis vuestra vida instruyéndoos, no cifrais en vuestra persona vuestro bienestar, y lo que tan bien está en la muger es incompatible con vuestros serios quehaceres. Hasta negais á la edad, á la educacion, y á la diferencia de constitucion en la muger, cuanto la es propio, y calificais de criminales sus mas inocentes y naturales acciones. ¡Sire, si se adorna, es ligera y vana; ligera y vana si solo se dedica á lo poco á que habeis limitado su instruccion; falsa si no es solo amable con vosotros, que no la habeis dado motivo para preferiros, y cuya preferencia estorbese tal vez su colocacion. Santo es, sin embargo, en vosotros, que no careceis de superficialidad cuando es otro vuestro destino, lo mismo que la criticais, vuestra inconstancia y coquetismo la obliga á que no limite su deseo de agradar.

Pero volviendo á la coqueteria, excluida por el señor B., hállela tan inherente á la muger, que solo con ella puede dejar de existir. Quitad á la muger la coqueteria, y la habeis quitado su interés, reducida á un cuadro animado. Su gravedad será un anacronismo. Si no viste con coqueteria, si sus acciones no son hijas de su estudio, si su propension á agradar no ha perfeccionado su gusto, si no ha impreso á todos sus actos, á todas sus maneras esa gracia que no podemos aplaudir en las graves, ¿hallareis tantos encantos, tantos atractivos en su vista, tantas delicias en su trato?... ¿Y qué mérito tendrá á vuestros ojos una muger que no se cuide de agradaros, de distraeros con su sabrosa conversacion de vuestros cuidados, de lucir su ingenio en cuanto hace relacion á sí misma?... Los pesares que nos rodean no requieren, no, la seriedad en la muger, que no en vano ha destinado la naturaleza para acompañarnos, endulzando las amarguras de la vida.

Toda la filosofia, todo el sentimiento frio, sin duda, que pueda inspirarnos una muger grave, todo cede por lo general ante otra de menos mérito, pero de exquisita coqueteria. Una flor, un lazo, un ademan, nada de suyo, nos arrebatara en esta, y decide acaso, bien lo sabe, su suerte. ¡Y se querrá que renuncie á la coqueterial

Pero hay mas: aun cuando la muger renunciase á la coqueteria, mostrando la escelencia de su buen gusto, el realce de su gracia; aun cuando se despojase en su daño de esta condicion de su ser, nosotros la precisariamos á volver á ella, por la preferencia que damos á la coqueteria. Tanto la estimamos hoy, que no la concebimos separada de la muger. ¿Y puede darse, por otra parte, cosa de mas aprecio? ¿Quién puede ser indiferente á la muger que viste y habla con coqueteria, que en su tocado, que en sus muebles, que en todo cuanto de ella depende hace gala de su talento? Porque la coqueteria á que tanto aspira la muger no es otra cosa que su gusto y su ingenio aplicados al deseo natural de agradar.

Si cuando reduce á la práctica este deseo, esta exigencia de su porvenir, no se la trata con justicia cuando pretendiendo por necesidad á uno de tantos hace conocer sus cualidades con la modestia no imitada por el que pretende un empleo y pondera las de que quizás carece, es tratada con irracional severidad. Forzada por la sociedad á callar, si no á contradecir sus sentimientos, privada está de la libertad de que nosotros abusamos para dar á entender la inclinacion que tenga á un hombre. De aqui su coqueteria, de aqui tambien su deseo de inspirar amor sin tenerle. Lejos de carecer de juicio obrando así, le muestra profundo, porque harto sabe y harto ve que no siempre puede escoger compañero. No satisface, pues, su vanidad si da oidos á los que la solicitan, sino que transige bien á su pesar con su posicion. Y en justicia no se puede negar que casadas las mas de las mugeres sin amor por forzadas á optar en reducido círculo son tan buenas esposas como las mas apasionadas.

Mientras la muger no haya fijado su cariño, no halla reprehensible que procure aumentar el número de sus admiradores. Esto satisface su amor propio, como satisface el nuestro igual aplauso. Amar y ser amada es la divisa de la muger.

Prescindiendo de que para muchos, es coqueta en el sentido del señor B..., la que solo es amable, de que esa indiferencia hácia los homenajes que escita es muy puesta en razon por lo poco que generalmente valen, no puedo convenir en que sea equivocada su virtud. Si es indiferente á los homenajes que recibe, no la pondrán á prueba, y el número de los que se le tributará será tambien preservativo. Coquetas conozco de las que habla el señor B..., sin ninguno de los vicios que supone, buenas hijas y esposas fieles.

Duro, muy duro está el señor B... con la coqueta. ¿es acaso víctima de alguna? Cualquiera lo diria al pintárnosla mas fatal á la humanidad que los conquistadores, devastadora de todo el género humano desde nuestros primeros padres, reñida con las afecciones mas queridas, con lo que mas se estima en la tierra. Si se da un monstruo semejante, no será, señor B... una coqueta, no se habrá limitado á fingir amor á los que tal vez se le fingian, habrá entonces faltado á sus deberes mas santos, y otro será su nombre, no el de coqueta, que tanto espeluzna al señor B... olvidándose de la violenta posicion social de la muger, de su combatida debilidad, del coquetismo no censurado de los hombres, y de que su amabilidad y su porvenir las inducen á demostraciones generales, que no siempre se juzgan con justicia y con acierto.

F. NARD

## TOROS.

Debemos á la minuciosa exactitud con que nuestro colaborador don Ramon Medel anota los sucesos de las corridas de toros el estado que insertamos á continuacion, y que se refiere á las verificadas en la plaza de Madrid en la primera temporada de este año.

**ESTADO GENERAL de las particularidades de las 17 medias corridas de abono y 3 extraordinarias de la primera temporada de 1850.**

Corridas.	Días en que se han verificado.	Toros lidiados.	Varas que han tomado.	Porrazos ó caídas.	Caballos muertos.	Caballos heridos.	Pares de banderillas.	Id. de fuego.	Pases de muerte al naül.	Id. de pecho.	Pinchazos.	Estocadas.
1. <sup>a</sup>	Marzo 30.	6	82	18	9	4	24 1/2	»	17	»	»	9
2. <sup>a</sup>	Abril 1. <sup>o</sup>	6	74	39	12	14	21 1/2	»	15	»	»	10
3. <sup>a</sup>	Idem 11.	8	83	26	14	6	26 1/2	»	20	»	»	18
4. <sup>a</sup>	Idem 15.	7	61	18	11	2	23	»	16	»	»	10
5. <sup>a</sup>	Idem 22.	6	73	19	9	6	24	»	14	»	»	21
6. <sup>a</sup>	Idem 29.	6	78	33	14	6	20	»	10	»	»	13
7. <sup>a</sup>	Mayo 9.	6	50	13	5	5	22 1/2	»	12	3	»	11
8. <sup>a</sup>	Idem 13.	6	60	18	9	7	23 1/2	»	17	»	»	11
9. <sup>a</sup>	Idem 20.	8	77	19	8	7	21	»	25	»	»	14
10	Idem 27.	7	39	18	4	5	22	4	12	4	5	14
11	Junio 3.	8	74	19	3	6	28 1/2	»	23	2	1	14
12	Idem 9.	8	68	16	6	7	24	»	19	4	1	11
13	Idem 17.	6	76	13	3	6	20	»	18	3	»	12
14.	Idem 24.	6	63	16	5	7	20	»	14	2	2	14
15	Julio 8.	6	52	17	11	4	20 1/2	»	20	3	4	8
16	Idem 24.	7	82	6	7	3	20	6	17	3	8	11
17	Idem 29.	7	60	16	5	4	24 1/2	»	14	3	5	13
Estraord. 1. <sup>a</sup>	Junio 30.	6	61	23	9	8	21 1/2	»	13	3	4	12
Id. . . . . 2. <sup>a</sup>	Agosto 3.	10	84	29	9	8	34 1/2	»	32	8	8	17
Id. . . . . 3. <sup>a</sup>	Idem 11.	10	115	26	11	11	33	»	22	2	4	20
Totales. . . . .		140	1404	402	164	126	480	10	330	42	82	263





NOTABILIDADES FRANCESAS



El cardenal de Retz.



El cancler Rusell.



Luis XIII.



Mad. Chevreuse.

INGLESAS DEL SIGLO XVII.



Buckingham.



Cromwell.



El conde de Bedford.



Carlos I.



## LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

## PLAGA NOVENA.

## TINIEBLAS,

## O SEA EL POLIORAMA Y EL CROMOTROP.

(CAPRICHOS FANTASMAGÓRICOS.)

(Continuación.)

## Vista séptima: El Parnasio.

En el centro de la ciudad, cerca de un edificio que parecía un teatro, elevábase una pequeña montaña, que si no era la del Príncipe (impío), tenía todo el aspecto de un café de mala muerte que lleva ese nombre.

—Este es el Parnasio de Tumbouctu, señores, dijo el domonio; especie de Liceo ó cónclave literario, donde acuden todos los literatos del país, vetustos y modernos, buenos, medianos y malos, clásicos y románticos.

La montaña era bastante reducida, y había en ella mas gente que la que podía haber razonablemente.

Los circunstantes estaban divididos en grupos, sentados alrededor de unos bancos de piedra, que á lo lejos semejaban mesas de pino.

En estos diversos grupos se disertaba sobre composiciones poéticas, dramas, comedias, novelas, historias, etc. Brillaba allí el talento, el ingenio, la vis cómica, y también la instrucción; pero no siempre se hablaba de las personas y de las obras con toda la imparcialidad que sería de desear. Unas y otras se ensalzaban hasta las nubes ó se arrastraban por el fango. Había una tendencia á burlarse y á poner en relieve los defectos de los amigos, mas bien que por perversidad de carácter, por lucir un chiste, ó por divertirse un rato entregándose al dulce placer de la murmuración. Pocos, contados eran los que reconocían la superioridad de los demás, y mas pocos aun los que perdonasen esta superioridad á los que realmente les aventajaban en talento ó instrucción. Por lo comun acontecia con ellos lo que con las casas de huéspedes, donde no conviene estar arriba de quince días; generalmente no se les podía tratar trascurrido este plazo, porque con frecuencia no correspondía el hombre al privado escritor público. Se les amaba sin conocerles, deseaba uno acercarse á ellos, y no bien los contemplaba de cerca, se sorprendía de medir con la mano á los que creyó gigantes. Sucédiale lo que con esas mugeres que fascinan y arrebatan en una noche de embriaguez á la luz artificial de los salones, y que luego, vistas á la claridad del sol, desnudas de sus galas y sin el oropel que las circunda, nos parecen lo que realmente son: feas, enfermizas, gastadas, cubiertas de arrugas y de colorete....

Indómitos por carácter, anárquicos por sistema, biliosos por temperamento, necesitaríase el ovillo de Ariana para seguirlos en el laberinto de sus encontradas opiniones, simpatías y antipatías. Por erróneas é injustas que fuesen, defendíanlas con un calor y destreza, dignos de mejor causa, con tal copia de hechos y silogismos, que el ignorante ó entendido que los oye se sintió en antecedentes, no sabría á cual dar la razón.

O muy benévolo, ó muy severo, magnificaban á reptiles, ó se ensañaban con reputaciones legitimamente conquistadas en luengos años de laboriosidad y constancia. Algunos juzgaban á los autores sin conocerlos, y á las obras sin leerlas....

Concluiré este ligerísimo boceto apuntando á continuación algunas de las amistosas conferencias en que á la sazón estaban entretenidos.

—¿Qué te ha parecido el drama de N?

—Muy bueno. ¿Y á tí?....

—Detestable.

—Está lleno de situaciones interesantísimas.

—¿Sí?... pues yo me he dormido en mi luneta desde la segunda escena del acto primero.

—¡En un drama tan bello!

—No puede darse cosa mas soporífera.

—No me negarás que está escrito con arreglo al arte.

—¡El arte! ¡el arte!.... ¡Bah!.... justamente su principal defecto es ese. Apenas se concibe como un hombre de los antecedentes literarios de N. cometa semejantes barbaridades.

—¡Hombre no!

—¡Hombre sí!....

Y aquí se trataba una acalorada disputa, en la que cada uno, empeñado en hacer prevalecer su opinión, gritaba, gesticulaba y manoteaba como un endiabrado, y en la que al fin, con mas ó menos calor tomaba parte la concurrencia, declarándose unos á favor del crítico y otros al del apologista.

En la mesa inmediata, departían (amigablemente se entiende) otros dos, en estos términos:

—¿Has leído la novela de N?

—Parte de ella....

—¿Y qué tal?... A mi me ha parecido que encierra bellezas de primer orden.

—Ese chico (el autor) es despierto y tiene chispa; pero es lástima que imite tanto á los novelistas franceses; que descuide el estilo al extremo de no entenderse á veces lo que quiere decir; que sea tan pesado en las descripciones; que pinte tan mal los caracteres; que carezca de originalidad, y por último que sea tan fatuo....

—¿Le conoces?

—No....

—Entonces....

—Me han contado cierto episodio....

—Pues te han engañado. N. es un chico apreciable bajo todos conceptos, como particular, como literato y como amigo.

—Eso no impide que no sepa escribir y que su novela sea pésima.

—¡Hombre no!....

—¡Hombre sí!....

Y aquí volvía á repetirse la escena arriba mencionada.

Mas abajo, en un extremo de la montaña—café, discurrían otros varios (como buenos amigos) acerca de una obra histórica que acababa de publicarse.

—Yo no la he leído.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Yo la he empezado ayer.

—¡Infeliz!

—¡Desventurado!

—¡Maldetto!

—¡Huye, no me toques!....

—Estás infestado.

—Ya eres hombre muerto para la literatura. ¡Heu! miserande puer....

—En fin, vds. digan lo que quieran, pero es un trabajo notable, escrito con gusto y admirable conciencia.

—Impossibile non é ma difficile molto.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ese hombre escriba nada bueno.

—¿La razón?....

—Es patizambo, y tiene cara de estúpido.

—¡Ea! basta de broma.... hablemos formalmente.

—En chanza y de veras te repito que la narración, el cuento, la historia, el cronicon, ó lo que sea, necesariamente tiene que ser malo.

—Será cuando mas algun galimatias de los que él acostumbra hacer.

—Pues.... alguna compilacion indigesta....

—Es claro, alguna rapsodia mal hilvanada....

—Hombre ¡no!....

—Hombre ¡sí!....

Y aquí presenciábamos la tercera polémica, de que ya dos veces he hablado, y en la que tomaban parte los concurrentes, declarándose unos á favor de los criticones, y otros al de los apologistas.

A la verdad, el espectáculo aquel era para volver loco al que pretendiese formar su juicio é ilustrarse oyendo á los contendientes; y si yo no hubiese recordado que en todos tiempos y países los literatos han sido y tienen que ser lo mismo hasta la consumación de los siglos; si la similitud de ideas, sentimientos y deseos (ya que no de dotes intelectuales), no me hubiesen hecho vislumbrar al través del cieno de sus defectos, el oro del genio de unos, la nobleza de alma, la generosidad, la hidalga franqueza, el buen corazón, valentía y excelente fondo de otros, me hubiera avergonzado de contarme, bien ó mal, en el número de los que escriben, en la hipótesis de que mis desaliñados renglones me autorizasen para considerarme como escritor, sin que por eso abrigue la necia pretension de parangonarme con ellos, al menos con los que, á pesar de todo, aprecio, respeto y admiro.

Pensando yo de este modo, figuraos, ¡oh lectores! ¡cuál sería mi disgusto y mi pesar, al mirarlos, no bien el diablo Ciceroni levantó su tremenda vara, precipitarse unos sobre otros en medio de la oscuridad, y acometerse furiosos á puñadas, á bastonazos, á puntapiés, y finalmente á bocados, despedazándose cual rabiosos alanos, ó como águilas avaras de su presa, que se disputan el dominio de una dilatada sierra, como si en ella no hubiese lugar y sustento para todas!....

Contemplando un cuadro tan triste y desconsolador, incliné la cabeza sobre el pecho, desgarrado de angustia el corazón. ¡Anch io son pittore! me decía, y aquella espantosa pesadilla convulsionaba todo mi ser, como el abrazo de un esqueleto que en el silencio y oscuridad de la noche viniera á acostarse en mi lecho: las palabras se me helaban en los labios, quería y no acertaba á pedir al ángel de la gloria que dispase con un rayo de su luz aquellas matadoras tinieblas.... faltábame aire, fé, valor.... yo me moría si aquella situación se hubiese prolongado algunos minutos mas.... Dios se apiadó de mí....

## Vista octava.—Enigmas.

Misteriosa, leve,  
Clara radiacion,  
Tendiendo fué débil  
Su blando arrebol,

Cual fugaz destello  
Del astro de amor;  
En mudo silencio  
La sala quedó,  
Y en orlas brillantes  
De rojo color,  
Versos á millares  
El lienzo brotó.  
Melodiosa endecha,  
Postrimer cancion,  
Con que los poetas  
Nos daban su adios.  
Mi ingrata memoria  
Tan solo guardó  
Cinco ó seis estrofas  
Que á copiaros voy:

«Por qué siendo don Juan Pero  
Tan imbécil y raquítico,  
Pasa por un gran político  
Y está siempre en candelero?»

Y el público camueso  
Con voz y aspecto grave  
Contestaba: ¡eso  
El diablo lo sabe!

Y el diablo que tal oía,  
Por no tomar un sofoco,  
Callaba y se decía:  
No lo sé tampoco.

«¿Cómo puede Clara Sombra  
Castísima y pura alondra  
De un infeliz empleado,  
Gastar un lujo que asombra  
Y en coché pasear el prado?»

Y el público camueso, etc.

«Por qué cuando tanto grillo  
Sube audaz al firmamento,  
Menospreciado y sin brillo,  
Ve Arturo su gran talento?»

Y el público camueso, etc.

«¿Cómo siendo Cangüelisma  
Tan cargante é incisivo,  
Tan mántria y provocativo,  
Nadie le ha roto la crisma?»

Y el público camueso, etc.

«¿Cómo don Simplicio Talo  
Que ni aun para ripio vale,  
Pues ni es carne ni pescado,  
Por fas ó por nefas sale  
Siempre electo diputado?»

Y el público camueso, etc.

«¿Cómo siendo tan hermosa,  
Buena madre y buena esposa,  
Laura que á todos hechiza,  
Laura que á todos encanta,  
Deja que la den y aguanta  
Diariamente.... una paliza?»

Y el público camueso  
Con voz y aspecto grave,  
Contestaba: ¡eso  
El diablo lo sabe!

Y el diablo que tal oía,  
Por no tomar un sofoco  
Callaba y se decía:  
No lo sé tampoco.

Confuso murmullo  
Sonó en derredor,  
Creciendo cual raudal,  
Fiero turbion.  
Cansado ya el público  
De tanto quid pro,  
(Suple quod) pedía  
Pronta solución  
A los acertijos  
Del lienzo traidor:  
Mas ay, el demonio  
No escuchó su voz;  
¡Misterios! ¡tinieblas!  
Otra vez gritó,  
Y trocóse al punto  
La decoración.

## XII.

## Vista novena y última: Bolas.

Tan pronto como se eclipsaron las cuartetas y quintillas, se vió inundado el Poliorama de un sin fin

Bolas de todos tamaños que cruzaban en todas direcciones con una rapidez increíble, creciendo á medida que pasaban, como una avalancha cuyo volumen se aumenta, á medida que desciende de roca en roca y de precipicio en precipicio.

La afición á las Bolas era tan grande y estaba tan generalizada en Tumbouctú, que la habian canonicado, dando ese nombre á una de sus mejores calles. Lo singular era que se veian correr, pero se ignoraba de donde salian. Algunas eran tan grandes, que asustaban hasta á los mas miopes, y sin embargo, para muchos circulaban como moneda buena, aunque falta de peso ó estropeada por el uso.

Todas estaban rellenas como los duros falsos, y traian un letrero que indicaba su contenido. Recuerdo confusamente algunos. Helos aqui:

- «Ha habido una revolucion en París.»
- «Los rojos han triunfado.»
- «Napoleon huye disfrazado de postillon.»
- «La Argelia se ha declarado independiente.»
- «En Londres se ha proclamado la república.»
- «Dos millones y medio de cosacos han pasado las fronteras de Alemania con ánimo de pacificar el Mediodia de la Europa.»
- «Ha habido un terrible incendio en Valencia, que ha devorado la mitad de sus edificios.»
- «En la serrania de Granada han aparecido numerosas partidas de montemolinistas.»
- «En Aragon se espera de un momento á otro á Cabrera.»
- «Se ha descubierto una gran conspiracion en Barcelona.»
- «En Sevilla una muger ha dado á luz un fenómeno nunca visto: tiene el cuerpo de rana, la cabeza de pescado, los brazos de perro y las piernas de langosta.»
- «N., acaudalado comerciante de esta corte, ha quebrado.»
- «Ha fallecido la duquesa de N.»
- «Un niño se ha caido desde un quinto piso en la calle de Valgame Dios, y habiendo dado con la cabeza en las piedras no se ha hecho el menor daño.»
- «Hay crisis.»
- «El ministerio en masa ha presentado su dimision.»
- «Al leer esto, perdimos todos la paciencia y nos levantamos gritando: ¡Esto ya es mucho mentir: basta de bolas!»

«¡Plegaria inútil! la última era tan colosal que llenaba todo el Poliorama, é interceptaba completamente las luces del interior. Nos quedamos á oscuras, y todavía sentiamos el ruido de las Bolas que pasan como flechas, chocando unas con otras, y creciendo y multiplicándose á medida que cruzaban por en medio de la tiniebladura.»

«¡Luz! ¡luz! clamamos, luz! porque nos ahogan las tinieblas y tememos que alguna Bola nos descalabre. El ángel malo giró tres veces su varita, y el salón se iluminó de repente. El Poliorama se habia concluido, pero aun faltaba el Cromotrop.»

El Cromotrop!... ¿Describiré en este capítulo?... ¡Oh, no!... Debeis buenos lectores (no pueden ser malos los que se hayan echado al colete las doce columnas que anteceden (1), debeis estar fatigados de leer, como yo lo estoy de escribir. Por lo tanto, mientras se prepara la maquinaria y en el intermedio de música concedida al público, no extrañéis que arroje la pluma y os conceda y me conceda generosamente dos minutos de descanso, plazo que creo proporcionado á la brevedad de este articulo. Solo os ruego que si no encontráis en él toda la claridad y fuerza de colorido conveniente, me lo perdoneis considerando las tinieblas que me rodeaban y las honduras en que podia desvanecerme. Hay que tener caridad con el prójimo. Cuando estoy escribiendo, me tira del brazo no sé quien, y apenas pretendo fijarme mucho en los objetos como si no fueran bastantes las sombras de mi ignorancia ó ignorancia, me pone su mano de hierro delante de los ojos. De esa manera ¿qué otra cosa he de ver mas que tinieblas, tinieblas y siempre tinieblas?»

I.

El Cromotrop.

El Cromotrop es el complemento y el epilogo del Poliorama bajo el punto de vista fantasmagórico. Es imposible comprender bien á este, sin el auxilio de aquel. El uno es la letra muerta, los antecedentes, el dibujo; el otro el espíritu, las consecuencias, el contenido.

Temo no haber expresado bien mi idea, y voy á valerme de algunas imágenes que la pongan mas en relieve.

¿Habeis visto por ventura en un trozo de mármol medio marcadas las formas, aguardando el cincel del artista que debe comunicarles la vida y la expresión que les faltan?... ¿Habeis oido el leve murmullo del arroyuelo, antes de llegar al precipicio donde se convierte en cañora catarata?... ¿Habeis percibido el aroma y los nacientes colores de una flor, antes que desate su capullo á los benéficos rayos del sol, y

ostente todo el brillo y fragancia que esconde en su seno?... Pues esto es el Cromotrop respecto del Poliorama en la plaga de las tinieblas. Es la mano creadora que anima la piedra inerte; la fuerza motriz que empuja al arroyo al cauce del torrente para prestarle su voz y su armonía; el destello vivificante que entrecubre la virginal corola de las flores, y difunde y revela su lozanía, sus matices, su puro y escondido aroma.

Tan conocido es el Cromotrop artificial, y tan sencillo su mecanismo, que conceptó inútil perder el tiempo en explicarlo. Algunas ligeras indicaciones bastarán para que mis lectores recuerden ó se formen una idea de lo que han ó deben haber visto.

Observad las mil combinaciones de la luz, difundidas en el oscuro lienzo que les sirve de prisma. Vedlas reproducirse, crecer, multiplicarse, girar, enlazarse unas con otras, absorberse reciprocamente, disminuirse, ensancharse, partirse, ocultarse y reaparecer con la velocidad del pensamiento. Seguid si os es posible, al través de sus rápidas evoluciones, aquellos círculos de plata, de azul y oro, aquellas ondas de topacio, aquellos celajes de ópalo y esmeralda, aquellas nubes de azabache, aquellos copos de espuma, aquellas sombras verdinegras, rojas, amarillas, jaspeadas, aquellas cintas de fuego, aquellas fugitivas exhalaciones chispeantes, aquellas esferas, pirámides, conos y triángulos, en que se confunden los gayos colores del iris con las rosadas tintas de la aurora, los pálidos arbores del crepúsculo, con el resplandor rojizo con que incendia el aire la corona de hirviente lava, que gira como una serpiente sobre el encendido cráter de los volcanes....

La mente se turba, los párpados tiemblan, los ojos desfallecen ante el brillo deslumbrador, y la rapidez inconcebible con que el Cromotrop vomita y aspira, despliega y oculta, derrama y recoge los lesoseros de su fecunda luz. La vista vaga incierta, sin poder fijarse en ningun objeto, pretende seguirlos en su veloz carrera, y recorre ávidamente el lienzo de arriba á bajo, de derecha á izquierda y viceversa. ¡Empañó inútil! El arte vence á la naturaleza, el desorden y confusion, al método y al análisis. La incesante repercusion de aquel millón de rayos luminosos acaba por deslumbrarnos, obliganos á cerrar los ojos á pesar nuestro, y en medio de tanta claridad acaba por sepultarnos en las tinieblas.

Esto, que les pasa á todos en el Cromotrop verdadero, al cabo de un periodo mas ó menos largo, acaeciónos á nosotros en el fantástico no bien se empezó.

¿Y cómo no perder la facultad de distinguir los objetos y aun la cabeza, cuando en la ocasion presente, en vez de limitarse á los referidos juegos de luz con los que bastaba para volvernos locos, se componia además de todas las vistas que hemos apuntado en el anterior capítulo?...

Todas, sí, todas, y otras muchas que se me han quedado en el tintero, aparecian y obraban á la vez en el ánimo de los espectadores, combinadas de mil maneras distintas, completas ó á pedazos, de perfil ó de frente, del tamaño natural ó en miniatura. Tumbouctú con su heterogénea poblacion, con sus calles y edificios antdiluvianos, con sus anuncios estrambóticos, la nave con sus tormentas, con sus peligros, con sus esperanzas, y sobre todo, con sus inteligentes y membrudos enanillos: la mesa revuelta, con sus luminosos impresos; San Hieronim, con sus amables concurrentes duo-getas; el Parnassillo con sus pacíficos favorecedores; los enigmas con los tipos que retrataban; y por último, las Bolas, con las escandalosas mentiras de que estaban preñadas.

La confusion que resultaba de esta mezcla verdaderamente diabólica, cesaba á la que he intentado describir, pintando los efectos de la luz en el Cromotrop.

Tantos contrastes, tanta extravagancia, tanta incertidumbre, tanta palabreria, tantas calumnias ó elogios desmedidos, tanta charlataneria y egoismo, tantas necesidades y tanto talento, tanta bola en estado interesante, y tantos vice versas inexplicables, dibujándose en el lienzo simultáneamente, agitándose y revolviéndose mezclados, chocando y descomponiéndose á la par, fraccionándose y fundiéndose en un solo cuerpo, como los diversos metales que, reducidos al estado de fusion, arroja en su molde el estatuero, para formar de todos una sola estatua; aquel indefinible amalgama, aquel mosaico de personas y de animales, de signos y de palabras, de sonidos y de muceas, de hechas y de suposiciones, de miseria y de grandeza, hacia retroceder llena de espanto y de dudas á la inteligencia mas elevada, al espíritu mas positivo ó investigador, al corazon mas noble y generoso.

Combatida el alma por encontrados sentimientos, abismada en el caos de sus propias ideas, y obligada á optar entre la verdad y la mentira que cual nuevos proteos variaban de forma, apenas pretendia examinarlas de cerca, cerraba los ojos por un movimiento involuntario, replegábase dentro de sí misma, interrogábase, y no pudiendo comprender lo que veia y escuchaba, lanzaba un grito de desaliento y repetia con Hamlet: ¡palabras! ¡palabras! ¡nada mas que palabras!... ó bien: ¡tinieblas! ¡tinieblas! siempre tinieblas!!! como deciamos nosotros esperando el término de la funcion....

Aqui llegaba de mi sueño, lectores, sueño verdadero como pocos, y del cual no desperté sino hasta despues de media hora, gracias á una cariñosa insi-

nuacion de don Severo, que sacudiéndome del brazo, me hizo aluir los ojos mas que de priesa.

—¡Hace un rato que está vd. durmiendo, me dijo, y le hemos dejado creyendo que seria broma.

—¿Broma?... contesté yo restregándome los ojos; ¡sí! ¡lindas cosas he visto!... Favor y grande me habrian hecho vds. si me hubieran despertado antes.

—Pues qué, ¿ha soñado vd.?

—Sí señor.

—¿Y sobre qué? se puede saber....

—¿Por qué no?... He soñado con las tinieblas.... oigan vds.

Contéles en breves palabras mi sueño tal como lo he narrado, suprimiendo únicamente la aparicion de Pimienta en calidad de demonio. El buen señor me interrumpia á cada paso para hacer algunas cortas rectificaciones que duraban treinta minutos, añadiendo especies que siento no poder trascribir; y no contento con esto, quejoseme de que le habia plagiado sus ideas, desfigurándolas.

Al escuchar tan injusto reproche, Alegrete, siempre harlon y malicioso, hostigado por mí y por el mosto, se empeñó en rehabilitar mi originalidad y en hacer la apología de las tinieblas. Creo que el lector leerá con gusto el resumen de su brillante defensa en la parte que á ellas se refiere. En cuanto á la mia, pensando entablar contra don Severo la accion correspondiente ante los tribunales, nadie extrañará que guarde por ahora un elocuente silencio, como es costumbre, cuando no hay nada que alegar en contra y sobra dignidad ó sea canguelo, segun afirman algunos—calumniadores sin duda.

He aquí como se expresó don Donoso:

—¿Por qué se quejan vds. de las tinieblas? ¿No existen en todas partes? ¿Dónde se volverán los ojos que no las encuentren?... Densas tinieblas circundan.

Al uno invisible del mundo hacedor (1);

densas tinieblas defendan de nuestras ávidas miradas los secretos mas importantes de la ciencia; la libertad vaga errante por la tierra;

Velada en negra nube y huyendo de los hombres, A reyes y tribunales hollando con sus pies;

sombria oscuridad, misterio impenetrable encubre el pasado, el presente y el porvenir del universo y del hombre... ¡qué extraño es entonces que en Madrid frecuentemente nos quedemos absortos y confundidos como unos bobos!

¡Ay! hermanos capigorrinos, para una verdad que sabemos ignoramos un millón. Si le preguntais al hombre mas sabio cual es el idioma primitivo, quien escribió el primer libro, como se explican los fenómenos del sonambulismo, como realiza sus operaciones el pensamiento, porque á veces, por mas esfuerzos que hacemos, no podemos acordarnos de una cosa, etc., me dejo aborrecer si todo lo que os contesta vale un comino. No digo nada si os asalta el deseo de saber cosas mas dignas de fijar vuestra atencion, y pedís informes sobre si es posible ó imposible la eternidad del mundo; si se puede concebir un Dios en la inacion por toda una eternidad, antes de haber formado y despues de destruido el universo; que es peor el despotismo ó la anarquía; como se explica la union del espíritu con la materia; porque nacemos tan propensos al mal, y el vicio nos parece tan seductor, y la virtud tan molesta y difícil, etc. No digo nada si profundizando mas la cuestion, preguntais al mas encopetado enciclopédico ó filósofo ¿de donde nacen esas simpatías y antipatías involuntarias que se apoderan de nosotros á la vista de personas que ningun bien ni mal nos han hecho? ¿Por qué hay caras que de solo verlas da gana de... enviarlas á Filipinas ó á la Patagonia con una regular carga de leña? ¿Por qué otras nos predisponen á su favor desde la vez primera que las vemos, siendo tal vez sus dueños unos solemnes pícaros, ó demonios con rostro de ángeles? ¿Por qué apenas rompemos con los embajadores de la limpieza, el jabon y el agua, invaden las fronteras de nuestra misera humanidad, sin previa declaración de guerra, hollando el derecho de gentes, innumerables batallones de infantería y caballería ligera, que nos dan caza como los perros de los primeros conquistadores á los desgraciados indios? ¿Y en fin, para acabar de una vez, de dónde nace ese acto primo, indeliberado y ciego, que nos hace caminar tras las personas que no gastan patillas ni calzones, y seguirías como gozquecillos ó perritos de falda? ¿Cuáles son los elementos constitutivos del fluido magnético, ó hámesese anzuelo ó gancho con el cual nos atraen y pescan?... Y volviendo la oracion por pasiva, ¿cuál es la verdadera y única causa de que ellas den la preferencia mas bien á unos que á otros? ¿Qué es lo que mas las cautiva en nosotros, la conversacion, el trato, los modales, la presencia, el talento, las prendas morales, la hermosura, el chiste, la gentileza, el garbo, ó el conocido ad-minículo,

Que de puro enamorado De continuo anda amarillo (2)?

Desengañense vds., las tinieblas son necesarias en todo y para todo. ¡Ay de nosotros si no nos envolviésemos

(1) Rivera Indarte, poema de don Cristóbal.  
(2) Madre, yo al oro me lumillo, etc.

(1) Esto se refiere á las que van de esta plaga en el número anterior.

desde la cuna al sepulcro, como ha espesado tan bien uno de los poetas contemporáneos que mas me agrada, a pesar que es muy florido, en los siguientes versos, ricos de verdad y sentimiento:

¡Sábida naturaleza! en nuestro cáliz  
El néctar cubre la fatal bebida....  
Si en el dorado oriente de la vida,  
Si al abrir nuestro párpado á la luz,  
En vez de los espíritus suaves  
Que bañan con su aliento nuestras frentes,  
Y cuyas alas blancas, transparentes,  
Como las alas brillan de un querub;

Se descorriese á nuestros tristes ojos  
Del porvenir el consolante velo,  
Y en vez de pura luz, de bello cielo  
Quédase la espantosa realidad;  
¡Ay! el niño al nacer se volveria  
Otra vez á las sombras de la nada;  
La flor cayera apenas deshojada,  
Sin aguardar la horrible tempestad.

El cisne bajo el ala de su madre  
En el paterno nido moriria,  
Y no llorara, al espirar el día,  
Con tristes cantos su fatal prision: (1)

¿Y qué diré del amor? ¿de ese sentimiento inefable que basta por sí solo para llenar la existencia? ¿Han meditado vds. sobre el encanto que el misterio y las tinieblas derraman hasta en sus menores goces?... ¡Cuánto nos place adivinar lo que no vemos! ¡Cómo el alma divinizaba todo lo que no comprende! ¡Cómo la imaginación embellece todo lo que se oculta! ¡Qué fria y mezquina es la realidad al lado de nuestras ilusiones! ¿Quién, cansado prematuramente de ella, no se ha repetido alguna vez aquellos versos del célebre fabulista francés:

L'Amant heureux qui veut l'etre long temps...

¿Qué otra cosa es el trage, examinado imparcialmente por un enamorado, á amateur de los cuadros vivos, que una tenebrosa nube que oculta los encantos de la que ama, ó encierra una muy digna de fijar sus artísticas miradas, y quien, señores, que sienta ardor en su mente una sola centella de idealismo, dudará que el que lo inventó el primer vestido, inventó acaso el amor?...

El resto del discurso de Alegrete giró sobre estos varios temas: por consiguiente, para no repetirme, dejaré que el lector haga con su auxilio las aplicaciones que guste á las cosas é individuos que figuran en las vistas del Poliorama; tarea facilísima, conocida la táctica del madrileño, y habiendo ya él probado hasta la evidencia, á mi humilde entender, las ventajas y necesidad de las tinieblas.

Conviene ser consecuente: tratándose de tinieblas, natural era que dejase algo que adivinar y mucho por decir: como ya va siendo natural é indispensable que concluya de una vez esta enciclopedia plagifera. El público ha empezado á asustarse de su estension.

En el próximo número, lectores, espero tener este disgusto, pues como no ignorais, el ángel ó los ángeles exterminadores fueron la décima y última plaga que cayó sobre Egipto en el reinado de Faraon. Todo tiene en este mundo su término y conclusion, ¡hasta las plagas! y aunque á menudo he abusado de vuestra paciencia ¡oh amadísimos lectores y benévolas lectoras! ¡por la virgen del Pilar! no deis un brinco de alegría al leer estos últimos renglones.

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Se concluirá)

## CONVENIO DE VERGARA.

VII.

(Continuacion.)

Ni Maroto, ni la persona mas flemática, podia permanecer impasible á la vista de tales hechos.

Vé la osadía de los desterrados, comprende la proteccion que don Carlos les dispensa, y teme naturalmente por sí mismo. Y cómo no temer? Véase una carta, documento inédito tambien, que trascribimos integro, y dígame despues de su lectura si tenia razon Maroto para temer, y para dirigir á don Carlos la reclamacion que irá á su fin.

SARA y abril 28 de 1839.

«Señor coronel comandante del undécimo batallon de Navarra.

(1) Bermudez de Castro.—Sepuleros y misterios.

«La religion, el rey, la patria y el mismo bien de vd. me ponen la pluma en la mano para decirle cosas de la mas alta importancia.

«Yo cuento con su honradez y lealtad, porque siendo navarro, no es creible se haya despojado de estas nobles prendas que forman su mas precioso tesoro, y asi le hablo con franqueza y con el lenguaje del corazon y de la mas pura verdad.

«Vd. fué testigo de las ocurrencias ruidosas que se vieron en Estella, y vd. debe estar vivamente herido del gran golpe que allí sufrió la fidelidad navarra, pues el mundo entero lo está ya hoy día, sin que sea posible hallar en todas las naciones de la tierra un solo hombre que, habiendo tenido noticia de aquella inhumanidad, no haya maldecido al infame asesino.

«Sobre la cabeza de Maroto cayó la execracion de cuantos hombres piensan, y de cuantos saben hacer algun caso de los derechos sacrosantos de la justicia, sea del partido y del color que se quiera. La humanidad misma arrancó este grito de indignacion del fondo de las almas.

«Los gobiernos y los soberanos todos, miran á Maroto como á un vil traidor, y como á un malvado que hizo armas contra su rey y señor.

«El fallo contra Maroto está dado, y su ruina y su perdicion están decretadas. Cerca tenemos el momento en que se derrame la sangre del inhumano que deramó la de sus semejantes para satisfacer su venganza, y destronar á su rey, cubriendo de este modo de ignominiosa afrenta á su patria. Maroto corre con precipitacion á hundirse en la sima que él mismo se abrió. Esta es una verdad que se vé y se toca ya: no lo ignora Maroto, y así se da prisa para trasladar á Francia los miles de duros que hizo en las provincias, el que tuvo la supercheria de hacer creer al soldado que las pagas fueron desembolsos suyos.

«No es posible que vd. ignore la voz que ha corrido estos dias con todas las señales de verosimilitud, de que una persona lleva á la hija de Maroto, que está en Burdeos, treinta mil duros, con algunas letras, etc. Tal es el realismo y la religion de Maroto.

«Y no es nuevo en el este manco, siempre se porió de igual modo, y era preciso sucediese así para que el hijo del miserable guarda de Granada se levantara hasta la clase de los mas ricos y poderosos.

«Lo sensible es que este perverso arrastre tras sí con sus enredos y patrañas á hombres honrados que no cometieron otra falta que el haberle tenido por caballero y fiádose de su palabra para creerle. El desecho de que vd. y otros que se hallan en igual caso que vd. sean envueltos en la ruina de este hombre criminal, me mueven á escribirle suplicándole á su nombre mismo que mire por sí, que se ponga en salvo con tiempo, no prestando apoyo ni auxilio á un hombre que infaliblemente abusará de él, para emplearlo contra la patria y la religion, y acaso para dar un golpe que horrorice al mundo, y cubra de luto para siempre á estas gloriosas y fidelísimas provincias.

«No necesito decirle que Cabrera y el conde de España están contra Maroto, porque es cosa que vd. sabe muy bien.

«Voy á decirle otra cosa: estos dias he sabido de una manera cierta y positiva que vd. tenia no sé qué intenciones, y no sé qué proyecto con respecto á los que estamos refugiados en Francia; aqui tenemos materia oportuna para estampar en los periódicos un artículo que le trajese á vd. una mancha eterna, y que habia de deslustrar su carrera en todo tiempo y con toda clase de personas, y á mí me venia muy á cuento para la confirmacion de lo que tengo escrito y de lo que pienso escribir; pero informado de que tiene buena índole, y que se habrá visto obligado en fuerza de órdenes del tirano, he suspendido este paso hasta ver.

«Por último, le aviso que el rey espera de vd. otra conducta que la que hasta aqui observa: el rey quiere ser rey, y no quiere estar ligado como le tiene el malvado Maroto: pongo por testigo al cielo y á la tierra y á cuanto hay de mas sagrado, que le digo la verdad. Si vd. no me creyese, un día vendrá en que crea y tal vez le pese mucho. Tómese vd. la molestia de contestarme; créame, este es asunto que le interesa mucho; me quedo con copia para que siempre conste este paso.

«Consérvese vd. bueno, y mande á su rendido y obsequioso servidor.—Fr. Antonio Casares, capellan.»

VIII.

Diariamente iban á parar á manos de Maroto comunicaciones de este tenor. No creia que don Carlos tuviera la parte que la oficiosidad de sus llamados leales servidores pregonaban tener; pero no ignoraba al menos la existencia de ciertos planes y el contenido de muchas cartas.

Maroto, violento siempre en sus determinaciones, cogió la pluma y escribió la siguiente reclamacion.

«E. M. G.—Todos los avisos y partes que recibo por diferentes conductos, indican una próxima revolucion en el ejército y las provincias, la que parece esfomentada mas particularmente por Fr. Antonio Casares, capuchino fugado, y que servia de capellan en el 3.º batallon de Navarra, así como tambien el reverendo obispo de Leon y el oficial que fué de la secretaria de la Guerra don Florencio Sanz, secretario actualmente

de una junta formada en Bayona compuesta de los espulsos, y con acuerdo del cónsul en dicha plaza por el gobierno usurpador y revolucionario, en la cual tambien su papel el inhumano abate Minano, y otros inficionados de sus mismas doctrinas. Todos los cuales disfrazando la perfidia, aparentan lo que les conviene para conseguir con arterias aquello que nunca pudieran las armas; y es, el que sucumba la mas justa de las causas que defendemos, es decir, la de nuestro amo soberano. Con tan depravado fin, han introducido papeles subversivos y calumniosos á que ha dado circulacion el administrador de correos de Tolosa.

«El menor trastorno, la menor ocurrencia del mas pequeño alboroto, suelta el dique de la disciplina y se pierde la noble y justa causa del rey N. S., segun el concibo del estado en que se halla el ejército y los pueblos; el primero resentido por la falta de haberes y afligidos los segundos por las violentas execraciones despues de seis años de la guerra mas asoladora.

«Si llegara tan funesto caso, yo pudiera contar con fuerzas que á la vez salvaran mi honor y mi persona pero sobre que esto solo no mesatisface, repito, y el sentimiento crece al considerarlo á la menor convulsion la noble y justa causa del rey N. S., que á costa de tanta sangre hemos sabido defender, se pierde; á menos que el rey N. S. no dicte una providencia que contenga las maquinaciones de hombres tan perversos, que por satisfacer sus resentimientos y miras particulares sacrificarian si pudieran el mundo entero. Un real decreto que declare por enemigos del sosiego público del rey y de su causa, á todos los que se emplean en cuanto llevo indicado, es el único remedio, que en mi concepto, pudiera cortar de raíz la anarquía á que estamos amenazados: si se tarda, tal vez ya no es tiempo. Sensible me es profetizar males, pero el deber lo impone; al mismo tiempo que haciéndolo así, la responsabilidad de un cargo, quedará á cubierto, tanto con mi real comportamiento, como con lo demas que manifestaré documentalmente á la faz de la Europa que me observa. Lo que digo á V. S. para que lo eleva á soberano conocimiento del rey N. S.—Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Llodio 2.º de junio de 1839.—Rafael Maroto.—Señor brigadier en cargo de la secretaria del Despacho de la Guerra.»

IX.

A los folletos del turbulento P. Casares y de muchos de los espulsados, se añadieron las célebres cartas de Cabrera y Arias Tejero á don Carlos, interceptadas y publicadas en la Gaceta de Madrid, y remitidas á Maroto por Espartero.

Repetíanse las quejas del general carlista, y de don Carlos, sin embargo, ninguna determinacion tomaba. No bastaba hablarle con la energía con que siempre ha acostumbrado á hacerlo Maroto, no bastaba regarle que pusiera un término á aquellos escándalos para evitar las desgracias que amenazaban, y dictar una eficaz y fuerte providencia que asegurara el resultado que se anhelaba; porque de lo contrario, decía Maroto, «la causa de V. M. se precipita.»

Esto escribia en Llodio el 18 de julio; y al día siguiente volvía á reclamar al leer la correspondencia interceptada. Así es que, á cada instante tenia un nuevo motivo de queja, y motivo fundado. Con razon, y mucha, empezaba diciendo á don Carlos que «ningun militar mas desgraciado que él.» Dirigiese príncipe rogándole le previniera la marcha que debia seguir en vista de las comunicaciones de Arias Tejero, de Cabrera y de Marco del Pont, las cuales patentizaban la dificultad de continuar al servicio de don Carlos, si no acordaba este una medida tan pública como enérgica, que conciliara y disipara los estremos de temor y desconfianza que sentia; pues veia amenazado de cerca su honor y su vida, y se proponia defenderse por cuantos medios estuvieran á su alcance: «sobre todo, señor, decía, comprometida y atacada la dignidad de V. M. en la opinion pública de esta patria: tal resolucion; porque una de dos, ó V. M. está de acuerdo con Tejero, como cabeza principal de los espulsados, y en este caso las personas de opinion contraria á este deben ser sacrificadas, ó V. M. debe por un soberano decreto manifestar el desagrado de su extraño comportamiento, puesto que al fin las cartas son escritas positivamente, y la Europa discurre sobre su contenido.»

La situacion era bastante crítica para que don Carlos volviera en sí, y volvió en efecto contestándole lo siguiente:

OÑATE 21 de julio de 1839.

«Maroto: he tomado la resolucion que conviene á mi dignidad con los que abusando de la confianza con que los distingui un día, se han atrevido á interceptar mis intenciones. Consagrao al bien de mis pueblos y de mi ejército, nada pesa en mi corazon con su tranquilidad y bienestar; y conocida por estas posiciones mi voluntad, debe disiparse todo motivo inquietud en cualquiera á quien haya podido inspirar la publicacion de las cartas de que me hablas. Lo que importa, Maroto, es dirigir la opinion á la union al amor á mi persona, al respeto á mi dignidad, y al triunfo de la causa que sostenemos con tanta gloria como justicia, sin dejar estraviar los ánimos por rumores y cavilaciones que sembrar la malicia y



«Si las dificultades que te se oponen para continuar en mi servicio, como me dices, son estas, están desahucadas; pero en la realidad, fenecido este inconveniente ¿habrás salido de todos los embarazos reales de imaginarios de tu situación? Esto es lo que yo quiero que examines con calma y serenidad por tu propia tranquilidad y bienestar que te deseo, y por el interés mismo de la causa y de mi servicio. Sé que harás lo que puedas por objetos tan dignos, y tú puedes contar con mi afecto.—Carlos.—Es copia.»

X.

Los ruidosos acontecimientos de Ramales y Guarramino empeoraron las circunstancias ya tan críticas. Sucede luego la sublevación del 5.º de Navarra, en la cual no solo no tuvo la menor parte el general Zaratiegui, como podemos comprobarlo, si á ello se nos escrite, sino que pudo haber sido víctima de aquella pacífica dispersión, á no haberle respetado y querido siempre sus soldados.

En este lastimoso estado de cosas avanza Espartero con sus fuerzas, y Maroto confió al conde de Negri la hiciere frente, y él se dirigió con 6 batallones, 2 escuadrones y 2 piezas de montaña á castigar á los sublevados de Vera, para lo cual estaba facultado por don Carlos. Encuéntrase á este en Villareal de Zumárraga, le manda incorporarse á su escolta y seguirle, mas temió Maroto una emboscada, y prestando dar ordenes á la division, volvió grupa y se alejó de los que presumió, por algunos avisos que le dieron, de que iban á terminar su vida.

Llamado posteriormente por don Carlos con vivas instancias, se afeció el bigote, dejó en su casa la espada, y sin la menor insignia militar fué á verle resuelto á renunciar el mando y retirarse de la escena política. Desentendiéndose de las contradictorias esplicaciones que mediaron entre el príncipe y su general, advertiremos que no solo no admitió su renuncia negándole pasar al extranjero, sino que le dijo tenía en él su mayor confianza y le reconvinó porque quisiera abandonarle.

Maroto volvió luego al ejército con don Carlos y mandó, y se verificó la ocupación de algunas posiciones con ánimo resuelto de atacar á Espartero, que habia avanzado hasta Durango, porque la posición de Urquiola, confiada á Negri, no pudo ser defendida completamente por la desmembración de las fuerzas carlistas, y porque el general la Torre tuvo tambien que abandonar la de Areta, que igualmente le encomendó.

Esta situación era apurada para el carlista que no podia pelear con ventaja. Quería la conciliación antes de ser derrotado; y manifestó por escrito á don Carlos, las proposiciones que habia recibido de Espartero: hizo tambien Maroto á los comandantes generales carlistas de las provincias, y ofició á las diputaciones para que enviasen un individuo de su seno á fin de consultarles acerca de las providencias que pudieran adoptarse.

Hallábase Maroto en Elgueta, y se presentó allí repentinamente don Carlos, á quien fué á ver.

«Exigíome al punto el príncipe, dice el general, que se manifestase francamente cuanto habia mediado con Espartero, con el comodoro inglés, y con el cónsul francés, que dias antes habia salido de Bilbao y tenia una entrevista conmigo, para enterarse de cuanto ocurría, y dar de ello conocimiento á su gobierno, y yo que siempre descaba la franqueza que me pedía don Carlos, le contesté y aseguré con la misma, que nada mas habia mediado que lo que por escrito le participara, añadiéndole que era urgentísimo tomarse alguna acertada resolucion, puesto que ni el ejército ni los pueblos querían mas guerra.»

Después de esta notable entrevista se reunió un consejo de generales y ministros, entre los que se hallaban el infante don Sebastian, don Nazario Eguía y Silvestre, y todos convinieron en lo critico de las circunstancias: y discutiendo sobre ellas, adoptó al fin don Carlos la proposición de un personaje por cuyo nombre que estimuló al príncipe á pasar al ejército para penetrarse del verdadero sentido en que se hallaba.

Tuvo entonces lugar la famosa revista de Elgueta, tan abundante en notables acontecimientos, como en deplorables consecuencias para la causa carlista.

Por de pronto espidió el ministro de la Guerra la siguiente alocucion:

VOLUNTARIOS:

«Un acontecimiento tan extraordinario, que no tiene ejemplo en la historia de vuestro pais, vendria á manchar las glorias que habiais justamente adquirido en esta heroica lucha, si continuáseis algunos de vosotros en la defección á que hoy os han inducido. Con el pretexto de paz se ha dado entrada al enemigo en vuestro suelo; y las cadenas de la esclavitud, la ignominia de vencidos, van á reemplazar los laureles que hasta ahora estabais cubiertos. La lealtad de muchos ha sido sorprendida; son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al rey N. S., y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. A esto solo, y á ligaros á vosotros al carro de la revolucion, se reduce la paz con que á muchos han alucinado. Seguid al rey, voluntarios, considerad vuestro

heroismo de seis años, y no querais mancharle con un feo delito. Una paz es que se exige la abdicacion del rey que habeis jurado, una paz convenida entre gefes militares sin autorizacion ni garantia alguna, ¿qué es sino un engaño para apoderarse de un pais que no han podido dominar por las armas?»

«Desengañaos: esta es la traicion mas infame que han visto los nacidos. Morir primero que sucumbir. La causa de Dios pelagra, y la de un rey, en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter: sois valientes: sois héroes, y nada mas tengo que deciros. Voluntarios: VIVA LA RELIGION; VIVA EL REY. «Villafranca 26 de agosto de 1839.

«JUAN MONTENEGRO.

«En la imprenta real.—Es copia.»

XI.

Maroto estaba firmemente decidido por la paz. Después de lo sucedido en Elgueta le pareció no le quedaba otro recurso.

Esta decision, que circuló por los batallones con asombrosa rapidez, introdujo el contento en las filas, manifestándose con alegres y entusiastas demostraciones, como músicas, bailes, cánticos, etc. Aquellos ecos de alegría eran de dolor para don Carlos y su córte, que los oian, retrocediendo á Vergara por no padecer con aquel contento.

Los gefes de las divisiones participaban de los sentimientos del general, y entre ellos se distinguia la Torre, que hasta llegaba á criticar el lento proceder de Maroto.

Este instó á Espartero á una suspension de armas, que facilitase el arreglo definitivo, para que no volviera á derramarse una gota de sangre entre españoles.

En tanto que esto sucedia en el cuartel general, reunia don Carlos los batallones navarros, daba á Negri el mando del ejército, y expresaba en la orden que admitia la renuncia de Maroto, y le facultaba para retirarse al extranjero. Asegúresele su marcha; mas era tarde, y se negó resueltamente á obedecer tales mandatos.

El ejército carlista se encontraba con dos gefes, é iba á ver una colision horrible. El conde de Negri comenzó á expedir órdenes y á obrar. Maroto hizo lo segundo, porque no tenia necesidad de lo primero. Negri fué á poco prisionero de Maroto; y Silvestre, consejero de aquel, se fugó.

El triunfo de Maroto no podia ser mayor. Puso en libertad á Negri, en obsequio á su antigua amistad, le aconsejó marchara á Francia, y que dijera antes á don Carlos no contara con los servicios de Maroto, á cuyo proceder le habian decidido su comportamiento, y las intrigas y maquinaciones de sus malos consejeros, que habian ya conseguido perder su causa, como tantas veces le pronosticara: «Quedábale todavia, dice en su *Vindicacion*, algunos recursos para sostenerla, le dije, si reuniendo todas las fuerzas que quisieran seguirle, intentaba por el Alto Aragon unirse con Cabrera, para lo cual no debia perder un solo instante, pues de lo contrario debiera salvarse en Francia y escusar el último é inútil derramamiento de sangre española.»

XII.

El brigadier Zabala pasó á ver á Maroto de parte de Espartero, repitiéndole sus instancias y manifestándole un oficio firmado por el ministro de la Guerra, Alaix, en que se le facultaba por la reina para la terminacion de una lucha ya tan desastrosa y para el gasto de 25.000.000, cuya cantidad se habia supuesto como necesaria.

Maroto contestó dignamente á esta manifestacion, demostrando un laudable desinterés; y conviniendo en que al amanecer del siguiente dia se veria con Espartero en la ermita de San Antolin de Abadiano cerca de Durango. Asi sucedió; pero después de haber almorzado juntos con la mejor armonía, se separaron á las once y media, sin haber podido entenderse en la cuestion de fueros y resueltos á continuar la guerra.

A esta conferencia habian asistido Linage y el inglés Wilde, y fué inútil su intercesion.

Al romper Maroto las hostilidades, dirigió á don Carlos esta breve carta:

SEÑOR:

«Al ponerme á L. R. P. de V. M., como lo ejecuto, á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré á decir á V. M. que nunca es mas grande un monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos. Don Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazón para que se digne dirigirme las órdenes que fueren de su soberano agrado. Dios guarde á V. M. dilatados años. Elgueta 27 de agosto de 1839.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—RAFAEL MAROTO.»

La política de don Carlos no fué entonces la mas acertada; pero corramos un velo sobre repugnantes acontecimientos.

Maroto mandó á la Torre tomara posición para atacar á Espartero, que tenia sus fuerzas como encajonadas entre Oñate y Vergara; pero se negó el general carlista, que estaba resuelto á transigir con su division. Los demas comandantes de los cuerpos presentaron tambien algunas dificultades. Este inesperado acontecimiento inutilizó los planes de Maroto.

Desde entonces todo es confusion en el campo carlista. Habia momentos en que todo estaba salvado: á poco después todo estaba perdido.

De cualquier modo pudo haberse sostenido la guerra, y dar mucho que hacer á Espartero. Maroto pudo haberse retirado aceptando las lisongeras ofertas de don Carlos; pero pocos obraban ya con conocimiento: casi todos estaban ofuscados, y se dejaban guiar por sus pasiones y resentimientos personales. Se intrigaba, se conspiraba, y se veia en aquel caos la mano de Aviranca que todo lo desorganizaba, que estaba prestando entonces un inmenso servicio á la causa liberal.

En tan criticos momentos recibe Maroto las siguientes autorizaciones, que hacian totalmente imposible la prosecucion de la guerra, y demuestran lo verdaderos y arraigados que estaban los deseos de una paz general.

DIVISION DE GUIPÚZCOA.

«En contestacion al oficio de V. S. de este dia, referente á la crítica posición en que nos hallamos por los puntos que ocupa el enemigo, y la imposibilidad de poder batirle en ninguna parte por la distinta direccion que ha tomado la division alavesa, hemos acordado los señores gefes de esta division reunidos para el efecto en casa del señor comandante general, autorizarle en un todo al excelentísimo señor general don Rafael Maroto, para que saque todas las ventajas que sean compatibles en las actuales circunstancias en favor de los habitantes de estas provincias y de los que nos hallamos con las armas en la mano. Dios guarde á V. S. muchos años. Andoain 27 de agosto de 1839.—El comandante general, Bernardo Iturriga.—Gefe de la primera brigada, Manuel Oñiden.—Gefe de la segunda brigada, José Antonio de Soroa.—Coronel comandante del sétimo batallon, Isaac Rameray.—Coronel comandante del quinto batallon, Manuel Ibero.—Coronel comandante del primer batallon, Manuel Fernandez.—Comandante del tercer batallon, Faustino Echelo.—Coronel comandante del cuarto batallon, Auiceto Alustiza.—Segundo comandante del quinto batallon, José Joaquin de Aguinaga.—Segundo comandante del quinto batallon, Domingo de Artola.—Gefe de estado mayor accidental, Gregorio de Balacain.—Brigadier gefe de la brigada de operaciones, José Ignacio de Iturbe.—Coronel comandante del sétimo batallon, Manuel Altamira.—El comandante del segundo batallon, Zacarías de Jáuregui.—El segundo comandante del sétimo batallon, José Manuel de Echarri.—El segundo comandante del cuarto batallon, Ignacio de Arana.—El segundo comandante del segundo batallon, Lesmes Basterrica.»

DIVISION DE VIZCAYA.

«Excmo señor.—Atendiendo á las críticas circunstancias en que se encuentra este ilustre solar por razon de la guerra civil que le devora hace ya seis años, y teniendo entendido que las divisiones de Guipúzcoa y Castilla han autorizado á V. E. para arreglar el tratado de pacificacion con el gefe superior de las fuerzas de la reina, facultado igualmente por su gobierno al efecto, reunidos todos los que abajo firmamos en casa del señor comandante general, hemos acordado nombrar á S. E. con amplias facultades para que en nuestro nombre arregle un asunto tan árduo, no dudando en el acreditado celo de V. E. y amor á estas provincias, sacará cuanto partido le sea posible en favor de los habitantes de este señorío, siendo la base principal la conservacion de los fueros, dejando asimismo en honroso puesto las armas que hemos empuñado. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Marquina 29 de agosto de 1839.—Excmo. señor Juan Antonio de Goyri.—El comandante general de la provincia de Santander, Castor de Andechaga.—El brigadier gefe de la primera brigada de la segunda division de operaciones, Juan Antonio Verástegui.—El coronel gefe del estado mayor, Pedro Briones.—El coronel comandante del segundo batallon, Antonio de Errusalo.—José Pascual de Ibarriabal.—José Antonio de Aguirre.—Félix de Alday.—Juan José de Perca.—Nicolás de Sesumegui.—Guillermo de Galarza.—Manuel Ibañez de Aldecoa.—Manuel José de Urrengochea.—Martín Luciano de Echevarri.—Bonifacio Gomez.—Nicolás Goquenuri.—Nicolás Aguisa.—Excmo señor gefe de estado mayor general.—(Son copias.)

XIII.

Esto no obstante algunos batallones vizcainos hubieran obedecido la menor de las indicaciones de Maroto, porque deseaban batirse al saber que no se les aseguraba la conservacion de los fueros. Con graves riesgos

y venciendo dificultades pudo conducir la Torre estas fuerzas al convenio: estaba resuelto á no servir á don Carlos: habia formado Maroto igual propósito; y tuvo que consultar con los demas gefes la situacion en que le ponia la decision de la Torre. En aquellos momentos volvia el brigadier Zabala con nuevas proposiciones de Espartero por escrito, y se reanudaron las relaciones.

Por de pronto desechó Maroto las condiciones del gefe liberal: la junta de los gefes que se hallaban presentes á su lectura, nombraron una comision de su mismo seno para tratar con Espartero. La Torre y Urbistondo la presidian, y á su regreso entregaron al convenio que con el liberal habian formalizado. Al verse Maroto con aquel documento firmado ya por todos los gefes carlistas, no tuvo otro remedio sino adherirse á él; pero nadie podrá decirle que acordó las bases. Integros trasladamos los artículos del convenio, y presentamos el fac simile de sus firmas pudiendo notarse que carece de la del gefe carlista; prueba evidente de que no fué él quien impuso las condiciones del convenio, fueron sus subalternos, que querian la paz, que habian decidido no sacrificarse mas por un príncipe inepto.

Convenio celebrado entre el capitán general de los ejércitos nacionales don Baldomero Espartero y el teniente general don Rafael Maroto.

«Art. 1.º El capitán general don Baldomero Espartero recomendará con interés al gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente á proponer á las córtes la concesion ó modificacion de los fueros.

«Art. 2.º Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, gefes, oficiales y demas individuos dependientes del ejército del teniente general don Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con expresion de las armas á que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

«Art. 3.º Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo, tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de efectivos, ya de supernumerarios, segun el órden que ocupen en la escala de las inspecciones á cuya arma correspondan.

«Art. 4.º Los que prefieran retirarse á sus casas, siendo generales ó brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponda: los gefes y oficiales obtendrán licencia ilimitada ó su retiro segun su reglamento. Si alguno de esta clase quisiese licencia temporal, la solicitará por el conducto del inspector de su arma respectiva y le será concedida, sin exceptuar esta licencia para el extranjero; y en este caso hecha la solicitud por el conducto del capitán general don Baldomero Espartero, este les dará el pasaporte correspondiente al mismo tiempo que dé curso á las solicitudes, recomendando la aprobacion de S. M.

«Art. 5.º Los que pidan licencia temporal para el extranjero, como no pueden recibir sus sueldos hasta el regreso, segun reales órdenes, el capitán general don Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en órden de las facultades que le están conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases desde general hasta subteniente inclusive.

«Art. 6.º Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados del ejército, haciéndose estensivo á los empleados civiles que se presenten á los doce dias de rectificado este convenio.

«Art. 7.º Si las divisiones Navarra y Alavesa se prestasen en la misma forma que las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se espresan en los artículos precedentes.

«Art. 8.º Se pondrán á disposicion del capitán general don Baldomero Espartero los parques de artillería, mastranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres que estén bajo la dominacion y arbitrio del teniente general don Rafael Maroto.

«Art. 9.º Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa y los de los cuerpos de la division castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se espresan para los demas. Los que no se conviniere sufrirán la suerte de prisioneros.

«Art. 10. El capitán general don Baldomero Espartero hará presente al gobierno, para que este lo

haga á las córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuerpos á quienes comprenda este convenio.»

Baldomero Espartero

Convenio en nombre de mi brigada,

José Jgn<sup>o</sup> de  
Zurbegui

Convenio en nombre de la 1.ª brigada castellano de mi mando,

Mano Alonso Cuervo

Convenio en nombre de la 2.ª brigada de mi mando,

Juan Cavanero

Convenio en nombre del batallon de mi mando 4.º de Castilla,

Juan Cavanero

Convenio en nombre del 3.º batallon de Castilla,

Ante Diez Mogrovejo

Convenio en nombre del 2.º batallon de Castilla,

José Zabala

Convenio en nombre del 1.º batallon de Castilla,

Don Esteban

Convenio en nombre de las compañías de cadetes y sargentos,

El Coronel primer gefe,

Leandro de Equiz

Convenio en nombre de la fuerza de ingenieros que se hallan presentes,

José Jgn<sup>o</sup> de

Convengo en nombre de la fuerza de artillería,

*Francisco Paula Rojas*

Convengo en nombre del escuadron de mi cargo, Guipúzcoa,

*Man. de Sagorta*

Convengo en nombre del primer escuadron, lanceros de Castilla,

*Benito Leon*

Convengo por la brigada que antecede,

El Brigadier,

*José Cabanas*

XIV.

Ademas de los mariscales de campo don Simon de la Torre y don Antonio Urbistondo, que como hemos visto fueron á la cabeza de la comision, concurren tambien al convenio el brigadier don Antonio de Iturbe, los coronales don Manuel de Toledo y don Roque Lineros, y los comisionados de Vizcaya y Guipúzcoa.

Sin embargo de tan formales compromisos hubo algunas dificultades con los gefes que cubrian la linea de Andoain, y especialmente con el comandante general de Burriaga, que á pesar de las ofertas y protestas que hizo á Maroto en repetidas cartas y oficios habíase inclinado ahora á sostener á don Carlos, fundado en que se faltaba á lo principal, que era la conservacion de los fueros. Tambien se declaró contra la transaccion el capitán Legurburo, uno de sus mas ardientes partidarios que hasta llegó á ofrecerse para prender á don Carlos y á toda su comitiva, y aun para fusilarlos si asi se lo mandaban. Introdujose la desunion entre gefes oficiales, y en situacion tan critica hacen los liberales una salida desde San Sebastian contra la linea de Andoain y olvidando entonces los guipuzcoanos sus divisiones, corren entusiasmados al combate y rechazan valientes al enemigo.

¡Brillante página es esta para los anales carlistas; para la historia de España! No transigian aquellos soldados por temor á pelear, porque saben vencer la víspera de la transaccion, sino porque querian la paz.

Motivo era tambien de disgusto entre el carlista, la desconfianza que tenian de Espartero; pero pasó á darle Maroto para cerciorarse de su buena fé y acordar el punto y la reunion de los batallones, y al esperar le manifestó Urbistondo la repugnancia de los mismos y que retrocedian para el interior.

Los esfuerzos entonces del brigadier don José Martínez, de la Torre, de Elorriaga y del ayudante de campo de Maroto, fueron venciendo los obstáculos, y cuando ya dirigian á la division de Vizcaya al punto señalado, notó la Torre que hacia alto sin haberlo él mandado, y supo al punto que el brigadier Iturriaga se habia introducido entre los batallones, y valiéndose del prestigio que sobre ellos tenia, empezó á alarmarlos y á convencerlos de que iban á ser vendidos y sacrificados, la Torre entonces empleó toda su intrépida energía para desvanecer tan funesta impresion, restableció el orden, siguió la marcha y se fugó Iturriaga. Las divisiones guipuzcoana, vizcaína, castellana y la de artillería y artillería se presentaron completas. Hasta las fuerzas de las lineas de Andoain, merced al coronel

don Manuel Fernandez y al mariscal de campo Lardizabal se presentaron en Vergara.

Este fué el sitio elegido para el abrazo. de los que tan encarnizados enemigos habian sido. En los campos de Vergara, en una pequenísimas llanura estrecha encerrada entre el rio Deva y la carretera que conduce desde Vitoria á Bayona, por Tolosa y San Sebastian, y teniendo paralelas dos hileras de montañas, siempre verdes, estaban ya Espartero con todo su E. M. y Maroto con los gefes de los cuerpos. Juntos todos presenciaron la llegada de las divisiones que iban colocándose en masa y encajonadas en aquel pequeño espacio, hallábanse circunvaladas, mas bien que mezcladas con las tropas liberales. Arengaba con enérgico entusiasmo el duque de la Victoria á los carlistas que iban llegando, que formando pabellones con las armas corrian á abrazarse alegremente con sus nuevos compañeros, y á recordar con ellos en medio del bullicio de zorcicos y canciones, las batallas en que unos y otros se habian hallado y conocido, trocando por cada recuerdo de enemistad un abrazo fraternal. Aquel momento fué grandioso, imponente, sublime. Lágrimas de placer y enternecimiento surcaban por las mejillas del duque de la Victoria y de cuantos le rodeaban, y aquel fuerte y enérgico corazón de Maroto palpitaba con estremecimiento en el pecho de aquel impasible militar que rendia á la naturaleza el tributo que le exigia aquel acto de conciliacion que arrancaba tantas vidas á la eternidad, devolvía tantos hijos á sus madres y tantos ciudadanos á la patria. ¡Oh! Miremos solo el Convenio de Vergara como españoles, consideremos las victimas que ha ahorrado, tendamos la vista sobre las masas de aquellos soldados instrumentos de matanza que tan pobres quedaban vencidos como vencedores, que solo eran la escala para las ambiciones y bendeciremos de corazón el 31 de agosto de 1839. ¡Día de eterna memoria que debiera transmitirlo á la posteridad un perenne monumento!

Aquí debiéramos terminar nuestra tarea, por ser enojoso lo que nos resta para completar el conocimiento del convenio de Vergara; pero ya que sea necesario volver á ocuparnos de la lucha de las pasiones fuertemente desencadenadas, daremos treguas al espíritu, para seguir en el próximo artículo presentando escenas que desearíamos mejor sepultarlas en el olvido; pero pertenecen á la historia, y esta exige tambien una reparacion en algunos hechos que se hallan admitidos como ciertos y son inexactos.

(Se continuará.)

A. PIRALA.

Insertamos con gusto la poesia inédita de don Vicente Sainz Pardo, malogrado jóven, conocido ventajosamente en la república de las letras, y que puso término desgraciado á su vida en un acceso de demencia el año de 1848. La presente composicion poética la compuso su autor pocos dias antes de atentar contra su vida.

HOJAS DE FLORES MARCHITAS.

A....

I.

Como en otoño arrastradas  
Por las ráfagas inciertas  
Murmuran las hojas muertas  
Que restos de flores son,  
Así ¡oh sueño de mis sueños!  
De mi desierto sombrío  
Hojas marchitas te envío....  
Pedazos del corazón!!

Recuerdos deslumbradores  
De una *dulcísima* historia  
Que acarician mi memoria  
Y que nunca tornarán.  
Hojas de flores marchitas  
Juguete ya de los vientos!  
¡Adorados pensamientos  
Que en mi tumba dormirán!!

II.

¡Oh cuán hermosa!... Los cielos  
Quisieron darte á mi alma  
Como al desierto sin sombra  
Un manantial y una palma.

Mas ay! seguir es preciso  
La derrota comenzada!  
Son las horas del reposo  
Pasageras cuanto gratas!

Por eso fué dulce y breve  
La ilusion que me halagaba!  
¡Por eso cada ventura  
Me cuesta un raudal de lágrimas!

¡Dormías, amada hermosa!  
Tu blanco seno se alzaba  
Como las ondas de un lago  
Que riza apenas el aura.

Tus labios me sonreían  
Y apacibles murmuraban  
Las imágenes del sueño  
O de mi amor las plegarias.

Dormías! tu lindo brazo  
Sobre la frente nevada....  
¡Así la tórtola esconde  
El cuello azul bajo el ala!

¡Dormías, y al pie del lecho  
Un hombre te contemplaba  
Y respiraba tu aliento  
En éxtasis de esperanza!

III.

Ah! siento arderme la frente!  
En mi corazón opreso  
Aun quema el ardiente beso  
De tus labios de coral.  
Aun mis rizos en desorden  
Cuando á la brisa se mecen  
Columpiarse me parecen  
A tu aliento celestial.

Aun en la noche callada  
Todo rumor apagado  
Me miente tu perfumado  
Suspiro murmurador!  
Y como incendio de noche  
Que refleja en las montañas  
Siento arder en mis entrañas  
Tu voz, tus besos, tu amor!

Tu amor!.. sí: tu amor! en vano  
Le disfrazas ó le escondes....  
Mírame.... ¿No me respondes?  
Pregunta á tu corazón.  
Mas no: que se lleve el viento  
Esas hojas, mistias, muertas,  
Que vengan las noches yertas  
Y el olvido y... el perdón!

Tú no lo sabes! un día  
Tus blondos rizos colgaban  
Sobre tu brazo desnudo,  
Sobre tu cándida almohada.

Yo dejé un beso en un bucle...  
¡Dicen que el viento arrebató  
Esos suspiros de amor  
Esos pedazos del alma!

¡Y es verdad! porque aquel beso  
Huyó del viento en las alas...  
¡Tú no sentiste con él  
Caer ardiente una lágrima!



Hojas de flores marchitas  
Por el huracán llevadas!  
Memorias de amor que queman!  
Sueños de ayer!... humo!... nada!

Yo nunca turbé aquel sueño  
Que mi corazón, hermana!  
Purificaba el dolor!...  
¡Purifica lo que abrasa!

Yo nunca turbé aquel sueño!  
Era un templo tu morada  
Tú la deidad; el in-ienso  
Mis suspiros y mis lágrimas,  
Y mi corazón la víctima  
Que se inmoló ante tus aras...

Si: perdón! olvidé un día  
Que me reserva el destino  
Un solitario camino  
Sin un árbol ni una flor.  
Perdón! vuelve... no me sigas:  
Mi aliento quema... es en vano!...  
Cuanto toco lo profano;  
Un anatema es mi amor!

## IV.

Dejar tan hermosos sueños!  
Tan bellísimos paisajes!  
Y los dorados celajes  
Del cielo de tu ilusión!...  
Dejarte á ti ¡oh mi paloma!  
Bella huri de un paraíso  
Que el cielo en venganza quiso  
Mostrar á mi corazón!...

Oh! nunca: cuando las flores  
Por el otoño ateridas  
Dejan sus hojas perdidas  
A merced del viento errar,  
Una ráfaga piadosa  
Con invisible suspiro  
Las trae en incierto giro  
Al pie del tronco á espirar.

Y yo también, alma mía,  
Que he comprendido al perderte  
Que las alas de la muerte  
Se agitan en torno á mí,  
Iré á dejarte esas hojas  
De mis ya perdidas flores,  
Y en un ósculo de amores  
Me unirá la muerte á tí.

¡Ay! tampoco! cuando el sueño  
Que muerte llaman los hombres  
Venga con dulce befeño  
A darme reposo y paz,  
Tú, adorada de mi vida,  
Buscarás en noche oscura...  
¡Ay! en otra sepultura  
Amor y felicidad!

Soy tan joven!... allá lejos  
Yeo llanuras desiertas  
Que es forzoso atravesar.  
Y voy dejando en la vida  
Mis recuerdos, hojas muertas  
Que no volveré á encontrar!...

## V.

Yo ví en mis años primeros  
En el templo de mi aldea  
Una imagen solitaria  
Muda estátua de las penas.

Ante su altar miré siempre  
Monojos de flores secas,  
Y solo los desgraciados  
Venían á orar ante ella.

Yo también, ángel del cielo!  
Adoro una imagen yerta,  
Y las flores que la ofrecen  
Están muétiás, están secas.

Solo un corazón marchite  
Y roto por las tormentas  
Ante esa perdida imagen  
Gime, murmura ó blasfema.

Mis pensamientos, hermosa,  
Van como las hojas muertas  
Lejos del tronco á morir...  
Triste de mí!... Tristes ellas!...

## VI.

Ah! ningún ruido mundano  
Resuena en mi corazón!  
Respetad los tristes restos  
De un templo que se arruinó!  
No volváis, sueños, hechizos...  
Muger!... Silencio por Dios!

No vuelva yo á ver tus labios  
En que un beso resonó,  
Ni á escuchar el blando acento  
De tu embriagadora voz...  
Respetad el templo vacío...  
¡Paz y silencio... por Dios!

Los niños, cuando sonríen  
Con inefable candor,  
Me laceran las entrañas,  
Me queman el corazón.  
¡Tiemblo al eco de tus pasos...  
¡Muger! silencio por Dios!

En esas horas inciertas  
En que moribundo el sol  
Dora las altas montañas  
Con rojizo resplandor,  
Un recuerdo... ¡Dios te borre!...  
Muger!... olvido y perdón!  
Un sol ha muerto por siempre  
Faz y silencio por Dios!...

## VII.

Quando el sol su luz retira  
En sombra quedan los valles  
Y los montes se oscurecen  
Lentamente, por instantes.

Bien pronto una luz dudosa,  
Tibia, leve, pura y suave  
Dora tan solo las cimas  
De los gigantescos árboles!

Y cuando se seca un alma,  
Lentamente, por instantes,  
Desaparece el encanto  
De sus sueños virginales.

Bien pronto un recuerdo triste  
Cual la mirada de un mártir  
Queda solo en la memoria  
Como un aroma fragante.

Mañana en un alma rota  
Y ajada por los pesares,  
Solo quedará tu amor  
Y el recuerdo de una madre!...

Así en las ramas desnudas  
De un amarillento sauce  
Queda tan solo una hoja  
Que mecen los huracanes!...

## VIII.

Como una lámpara tibia  
Cuya roja claridad  
Cubre con su blanca mano  
El claustro al atravesar  
Una virgen del Señor  
Muerta para el mundo ya;  
Así tu recuerdo triste  
Entre sombras de pesar  
Atravesará conmigo  
El desierto mundanal:  
Del corazón con las alas  
Mi amor te protegerá.  
Y le esconderé conmigo  
En el lecho sepulcral.

## IX.

Todo el vigor de la foresta umbría  
¡Oh dulce amada mía!

Se exhala en el otoño en muétiás hojas  
Que arrebató la ráfaga bravia:  
Todo mi corazón ¡oh dulce encanto!  
Se deshace en congojas:  
No queda de él sino silencio y llanto,  
Y si canta al morir el cisne vago  
Meciéndose en el lago  
Que ayer testigo fué de sus amores,  
Mi corazón en su temprana muerte  
Levantará al perderte  
Un último gemido de dolores.

## X.

¡Oh ángel mío! si mañana  
Solo quedará en el suelo,  
De mi existencia liviana,  
En ti una memoria vana  
Y una lágrima de duelo;

¡Pluguiera á Dios, alma mía,  
Que en tus labios de ambrosia  
Mi espíritu se exhalara,  
Y la muerte arrebatára  
Dos almas en solo un día!...

## XI.

Hojas de marchitas flores!  
Con el águila pasad...  
Nadie recoge las hojas  
Que aroma no tienen ya!

Id entre la seca arena  
Del abandonado erial  
En revuelto torbellino  
Sin saber adonde vais.

¡Melancólicos despojos!  
Con el huracán pasad...  
¿Quién recogerá las hojas  
Que ya perfumes no dan?

¡Hojas de flores marchitas!  
A mi frente virginal  
Fuisteis un día diadema  
De ternura y castidad...

Y hoy os arrebató el polvo  
Y os sacude el vendabal,  
Y bajo sus recias alas,  
Tristemente suspiráis!...

Si algún día ¡muétiás hojas!  
La encontráseis al pasar;  
Si es huella su leve planta  
Que en pós de la dicha vá:  
Si pasáis por su camino  
¡Hojas muertas! Suspirad!!

Tal vez en ese suspiro  
Mi voz adivinará  
Y de sus ojos de fuego  
Dos lágrimas correrán.

¡Rieguen el árido polvo  
Que tenéis que atravesar,  
Y derrámense en mi seno  
Como un bálsamo fugaz  
Que refresca las heridas  
Del triste que va á espirar!...

V. SAINZ PARDO.

## AJUSTES DE ACTORES.



Lea vd., señor empresario; verá vd. los elogios que me prodiga la prensa. La comedia de costumbres es mi fuerte; en todas partes he dado golpe por la elegancia con que ciño á mi flexible cuerpo el elegante traje de sociedad.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.  
LOS SOLDADOS DE NAPOLEON, RECORRIERON  
GRAN PARTE DEL GLOBO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número...